



# LA VOZ DE UNA

*CUENTA LA HISTORIA DE MUCHAS.*

Una decena de escritoras, entre sobrevivientes y testigos cercanas, han sido convocadas bajo la generosa iniciativa de **Zwan Rosa** a que, con sus voces y sus historias, se unan a favor de la sensibilización ante el cáncer de mama.

Paulina Vieitez, Mónica Castellanos, Ethel Krauze, Mónica Salmón, Mónica Lavín, Amaya Blas, Edmée Pardo, Jenny Asse, Adriana Malvido y Ligia Urroz.

*«Nos unimos con lo mejor que sabemos hacer: escribir y pronunciarnos, es decir, ser voz».*

*«Párrafos de ritmo suave, piezas de ópera manifestando el miedo, coros que cantan con júbilo que el proceso de curación ha concluido y que estamos sanas».*







ZWAN ROSA

---

# La voz de una cuenta la historia de muchas

—*Antología*—



**LA VOZ DE UNA  
CUENTA LA HISTORIA DE MUCHAS**

*Antología de historias presentada por*

**ZWAN ROSA**

Todos los derechos reservados conforme a la ley  
D.R. © 2021 Por la obra: sus respectivas autoras  
D.R. © 2021 Por la edición: Liebre

Primera Edición: 2021

Imagen de portada, ilustraciones, cuidado y diseño editorial:  
Liebre

Esta obra se terminó de imprimir en septiembre de 2021.  
Impreso y hecho en México.  
*Printed and made in Mexico.*

Queda estrictamente prohibida la reproducción parcial o total de los contenidos de esta obra por cualquier medio o procedimiento, sin para ello contar con la autorización previa, expresa y por escrito de los autores y autoras e instituciones titulares de los derechos.

**ZWAN ROSA**

**LIEBRE**

---

*Antología*

# La voz de una cuenta la historia de muchas



PAULINA VIEITEZ • MÓNICA CASTELLANOS  
• ETHEL KRAUZE • MÓNICA SALMÓN •  
MÓNICA LAVÍN • AMAYA BLAS • EDMÉE  
PARDO • JENNY ASSE • ADRIANA MALVIDO  
• LIGIA URROZ

---





## ÍNDICE



### Prólogo

*Paulina Vieitez*

9

I

### Aprendí que todo pasa

*Mónica Castellanos*

13

II

### Aquellas otras rendijas

*Ethel Krauze*

23

III

### El cáncer siempre pierde

*Mónica Salmón*

33

IV

### Nude y perla

*Mónica Lavín*

39

V

### La vida es un carnaval

*Amaya Blas*

47

VI

De cangrejos, cáncer y cangrejas

*Edmée Pardo*

57

VII

La experiencia del amor

*Jenny Asse*

67

VIII

Siempre hay una montaña

*Adriana Malvido*

83

IX

Nuestras manos son salvavidas: toquémonos

*Ligia Urroz*

93

X

El árbol de la vida

*Paulina Vieitez*

103

# Prólogo

*Paulina Vieitez*

---

HAS LLEGADO HASTA AQUÍ Y ESTÁS A PUNTO DE LEER LOS testimonios que conforman esta «antología del alma». Gracias por estar, por darte el tiempo, por compartir esto.

Una decena de escritoras, algunas que por fortuna nos hemos recuperado y aquellas que amorosamente han sido compañía y fuerza, fuimos convocadas bajo la generosa iniciativa de Qualtia y por medio de la brillante creatividad de Liebre, a sumarnos a favor de la sensibilización ante el cáncer de mama, una enfermedad que, detectada a tiempo, puede ser curada; lo hemos constatado en nuestra propia piel, lo sabemos de cierto. Unidas aquí, aportamos lo mejor que hacemos: escribir y pronunciarnos, es decir, ser voz.

Nos sentimos entusiasmadas por poder compartir lo que nos ha cambiado, lo que nos ha tocado para siempre, porque del cáncer es imposible salir inmunes, mucho se mueve y se transforma, se cambia desde el fondo y se resurge a pesar de las profundas heridas, de las pérdidas, de las cicatrices. Resulta indudable que, a la vez, se adquiere una fuerza imparable y una capacidad peculiar de mirarlo todo con renovada alegría, con una pasión intensa que con claridad se manifiesta en las ganas de seguir adelante, en el fuego interno que no se apaga, que mantiene una energía poderosa que no cesa.

Me ha correspondido el honor de coordinar, digamos el de ser la directora de orquesta de este precioso concierto de voces sensibles, valientes, fuertes, determinadas, hermosas, y que a coro cantan: «La voz de una cuenta la historia de muchas».

Descubrirás las enormes coincidencias, los vasos comunicantes entre una narración y las otras, como si en lo más profundo, entrelazadas con hilo de oro, estuvieran cosidas en nuestro corazón las huellas de la victoria, las palabras de quien nos ayudó a curar, las manos salvadas, las intenciones de quienes se preocuparon por sus más amados para acompañarlos a salir del desafiante trance y los aprendizajes que el dolor siempre deja.

Leerás entonces una sola composición en diez movimientos, y escucharás en cada uno de ellos el alma de una mujer, sus retos y miedos, su lucha, sus batallas y dudas, su manera íntima y personal de enfrentar, ya sea su propio diagnóstico y enfermedad, o aquella de sus más cercanos. Constarás la generosidad de quienes se



transformaron en suave melodía para los oídos de los enfermos a quienes acompañaron, de las que se hicieron palabra y aliento de vida, alivio y sostén.

Párrafos de ritmo suave, piezas de ópera manifestando el miedo, coros que cantan con júbilo que el proceso de curación ha concluido y que estamos sanas. Armonías perfectas cuando paciente y médico, madre e hija, hermanos y amigas se unen en un mismo aliento para constatar que pelear vale la pena y que las dificultades, la subida a esa montaña imposible, se hacen mucho menos arduas, si vamos tomados de la mano.

Estas ganas de escucharnos, de contar lo que nos ha sucedido, de reconocer que somos vulnerables y frágiles, no hacen más que multiplicar la benevolencia, la virtud de abrazar, de comprender, de empatizar y, sobretodo, la firme voluntad de sembrar esperanza y ayudar a dar los pasos necesarios para enfrentar a un gigante materializado en células «sin luz» que pretende acabarnos. Este gigante en definitiva no lo logra, porque, como dijo sabiamente una madre enferma a su hija, lo leerás a detalle más adelante, «el cáncer siempre pierde».

Y es que detrás de esa irrupción de la palabra que nadie queremos nombrar, ese cáncer-cangrejo, está un mundo que parece cerrarse, la llegada de una y mil noches tristes, la arritmia espantosa y el eterno compás de espera de un diagnóstico, de unos resultados que pretenden alterar el orden natural de las cosas. Más el poderoso efecto del amor hace muy bien su trabajo, convirtiendo los desafíos en posibilidad, las piedras en el camino en regalos y los sufrimientos en iluminación.

La existencia se escucha distinta, los acordes inigualables de la naturaleza nos recuerdan a voz en cuello: «que la vida es una hermosura y hay que vivirla». El poder sanador de la palabra, su capacidad de hacernos entrar en un terreno de paz gracias al cual expiamos y comprendemos, se ve aquí, en esta antología, intensamente cumplido.

Verás cómo, página a página, encontrarás esperanza, consuelo, remedios, intensidad traducida en memorias de sanación, consejos, y una ruta a través de la cual transitar hacia el encuentro contigo y tus propios procesos de tristeza y redención, de alegría y resiliencia de los cuales, seguramente como a nosotras nos ha sucedido, podrás salir fortalecida al comprender que a todas y todos nos une lo mismo, padecemos y gozamos igual, estamos hechos de tierra y a ella volveremos polvo, así que sólo quedará lo que hemos dejado, el testimonio de lo que en su momento fuimos, de lo que dimos.

Mientras estemos aquí hay posibilidades, giros, sorpresas, que nos conducen hacia la evolución de nuestras consciencias para ser mejores, para entregar algo al mundo, para darnos. Somos árbol de raíces firmes y verdes ramas, y en nuestras arterias corre la savia divina de la existencia que entona, respiro a respiro: esto es solo un sueño, y cada precioso segundo es una nueva oportunidad para entregarnos, para acompañar y entender, para ser voces eternas, voces de vida.



I

# Aprendí que todo pasa

*Mónica Castellanos*

---

HAN PASADO OCHO AÑOS DESDE AQUEL VERANO DE 2013 cuando me diagnosticaron Carcinoma lobulillar infiltrante. En ningún momento pensé en escribir acerca de mi experiencia sobre el cáncer, de hecho, hubo un momento en que decidí no volver a escribir nada y, sin embargo, cuando mi querida amiga, Paulina Vieitez, me invitó a ser parte de este proyecto, no pude rehusarme. Al contrario, me emocionó que la experiencia que viví sirviera a otra mujer a reponerse de un diagnóstico como este. Y aunque la noticia de la enfermedad se recibe, se procesa y experimenta primero en la soledad de la intimidad, es en el exterior donde podemos encontrar apoyo para que nuestros recursos interiores se fortalezcan y nos permitan enfrentar un diagnóstico de cáncer con mejores

armas. Les compartiré mi historia y también algunos de estos recursos que me fueron dados gratuitamente.

## DE LA RISA, ESE GRANDIOSO ALIADO

Hola, respondió al auricular el cirujano plástico, la señora Mónica no puede tomarle la llamada: está amamantando. Sí, yo le paso su recado, no se preocupe. Era tu hermano. El rostro del médico se iluminó con una sonrisa. Imaginé la molestia de mi hermano mayor, siempre formal. Al principio pensé que el médico sufría algún tipo de confusión, pero pronto procesé la ironía. Mi carcajada, cautelosa de no reventar la sutura debajo de las vendas que cubrían lo que fue mi seno derecho, transformó la habitación de hospital, en la que la atmósfera de pesar y mis ojos aún llorosos, lo habían recibido hacía un momento. El médico tenía razón: globos coloridos de diferentes tamaños con mensajes de pronta recuperación llenaban el espacio; parecía, más bien, la habitación de una mujer que recién ha dado a luz, que al de alguien que acaba de pasar por una mastectomía radical.

¡Eso es! Levanta ese ánimo, tu cirugía salió muy bien: tienes colocado el expansor, el procedimiento para la reconstrucción lo platicaremos más adelante. Vamos a confiar que los resultados del ganglio centinela saldrán bien —como sucedió efectivamente—. Y si no, puedes estar tranquila: muchas mujeres han pasado por la quimioterapia y radiación.



A partir de ese momento entendí esa lección que el médico me quiso dar, una de las más importantes que tuve a lo largo de la enfermedad. Y aquí va mi primer consejo:

Rodéate de personas con sentido del humor, que te ayuden a ver el proceso de la enfermedad como algo natural de lo que saldrás fortalecida, o del que tal vez no saldrás, porque siempre existe esa posibilidad, pero que te ayudarán a recorrer ese camino con garbo. La presencia de las personas empáticas y que se conmueven contigo es muy buena, es necesaria para llorar, pero la de quien te hace olvidar el dolor, aunque sea por un momento, siempre es mejor.

#### DE LAS RECETAS CURATIVAS DE QUIENES NOS QUIEREN

Mi madre falleció el pasado 6 de marzo de 2019. Tenía noventa años y alcanzó a verme en remisión, fue una de sus mayores alegrías. Cuando tuvimos que sacar todo de su casa y abrimos la caja fuerte adentro había pocas cosas: su pasaporte, un par de documentos legales y, para mi sorpresa, encontré un pedazo de hoja a rayas doblado con cuidado. Había algo escrito de su puño. Era esta receta para curar el cáncer:

—1/2 litro de miel pura de abeja.

—2 o 3 hojas grandes de sábila con cáscara y sin espinas.

—3 cucharadas de coñac, whisky, tequila o aguardiente.

—Se licúa todo y se toma una cucharada quince minutos antes de cada comida.

Doblé la receta con el mismo cuidado que lo habría hecho ella, y aún la conservo aquí conmigo, en el escritorio donde ahora escribo; es un recordatorio de aquel día en que me llamó por teléfono para dictármela. Fingí tomar nota de ella, pero la deseché al igual que hice con las muchas otras recetas y libros de dietas para curar el cáncer que amigas y conocidas me hicieron llegar. Todas las agradecí y no niego que al inicio de mi diagnóstico fui con algún médico que me dejó una lista enorme de suplementos diarios equivalentes a kilos de verduras que al poco tiempo también abandoné. Pero el hecho de que mi madre guardara en la caja fuerte esa receta me enseñó otra lección:

No subestimar la importancia y sentimientos de quienes están cerca de nosotros. Aunque está fuera de su alcance, ellos harían lo imposible por ayudarnos, tanto que guardarán en la caja fuerte una receta para no perderla, porque a sus ojos tiene un valor inmenso. Y puede suceder que estemos tan enfocadas en nuestro propio sufrimiento, que olvidamos que quienes nos rodean sufren con nosotros. Podemos llegar a victimizarnos y en el trayecto, arremeter contra la familia inmediata. A fin de cuentas, ¿qué saben ellos por lo que estoy pasando? En el proceso de lidiar con el cáncer hay días buenos y días malos, y aunque sí, tenemos derecho a enojarnos,

debemos sacar esa rabia e intentar entender que quienes nos rodean también sufren nuestro dolor. Está en nuestras manos no aumentar la carga que llevan.

### DE LA PARANOIA, UNA PUERTA QUE DEBEMOS CERRAR

Cuando recibes un diagnóstico de cáncer surgen muchas preguntas, pero la primera suele ser ¿por qué me dio a mí? ¿Es por mis hábitos? ¿Es por herencia genética? El entorno abrirá una puerta que te inundará de información a veces buscada y en ocasiones sin solicitud alguna. De pronto el tabaco, los lácteos, azúcares, el microondas, el refrigerador, el celular, la computadora, ciertas telas, el secador de cabello, las cremas, los labiales, la carne de res, pollo, el pescado de granja, las verduras y los pesticidas, la televisión, las bebidas de dieta, las carbonatadas, la leche en tetra pack, los alimentos enlatados, todo, absolutamente todo te puede provocar cáncer. Llegas a pensar que hasta el aliento de la mamá que guarda la receta contra el cáncer en su caja fuerte es sujeto de provocarte cáncer.

En algún momento, no puedo distinguir cuál, el pánico por todo aquello que consumía y rozaba mi piel me invadió; fueron meses desastrosos. Cambié la dieta personal y quise cambiar la familiar, y como algunos protestaron los dejé en paz; deseché maquillajes, revisé etiquetas, contenidos y cuando estuve a punto de dejar de pintarme el cabello, me miré al espejo y caí en cuenta

que le había abierto la puerta al miedo. Ese sentimiento había tomado posesión y se había instalado a sus anchas para manipular mi conducta y forzar a modificar la del resto de mi familia. Por eso, aquí va otro consejo:

Vive saludable: elige alimentos sanos, ejercítate. Esto como un modo de vida. Que tus decisiones no te generen paranoia, porque ese miedo es el alimento más dañino. Con tu mente en paz puedes hacer las mejores elecciones. Quiérete, quiere a los tuyos y decide por ti.

#### DE LA FUERZA DE LAS PALABRAS Y CÓMO PROCESARLAS

Hay momentos en la vida que no se olvidan, esa cita con el ginecólogo fue uno de ellos. Frente a una imagen sospechosa durante la mamografía me habían solicitado una biopsia quirúrgica. Por el hallazgo no podía ser por aguja, que es la biopsia con un procedimiento más sencillo. Bueno, me dije, es una cirugía pequeña, una semana para tener el resultado, cuatro semanas de recuperación completa, no es gran cosa.

Acudimos mi marido y yo al consultorio. Mónica, dijo mi médico, tienes un Carcinoma lobulillar infiltrante, es un tipo de cáncer que... Recuerdo que no recuerdo nada más. En varias hojas en blanco nos explicó a detalle los estudios posteriores que se iban a necesitar, la mastectomía, los posibles escenarios de buen pronóstico o los que podrían dejar mi caso en las manos de Dios. Lo

sé porque conservé las hojas, pero en ese momento mi mente quedó en blanco y solamente registró dos datos: tienes cáncer y existe la posibilidad de que no sobrevivas.

Tendríamos que hablar con nuestros seis hijos. Tendría que ir a darle la noticia a mi mamá, también a mi única hermana. Tan pronto salí del consultorio me llamó una de mis mejores amigas, fue la primera en enterarse.

Ese día me di cuenta que las palabras juegan un papel muy importante en la enfermedad: se guardan, se olvidan, se interpretan. Una palabra mal aplicada puede generar una tormenta en mí, en el otro. Desde ese momento elegí mis palabras: «todo va a estar bien», me repetía una y otra vez. Todo va a estar bien. ¿Y si no? Sabes que existe la posibilidad de morirte. ¡Vete de aquí mal pensamiento! ¡Fuera de aquí! Había que espantar esas palabras que alteraban. Todo va a estar bien, todo estará bien.

Todo pasa. Todo pasa.

Todo pasa.

Convertí esa brevísima frase en un mantra. Y sí, visto a la distancia, la experiencia ha quedado atrás, pero las palabras son indispensables. Juegan un papel importante: a las que doy cabida y dejo rondarme, las que se apoderan y las que me pueden llevar a un abismo. Y aquí un consejo que me fue dado por una amiga que también sobrevivió al cáncer:

Lleva una libreta a las citas con cada médico, prepara con tiempo las preguntas que quieras hacerle; siempre

tenla cerca, llévala en tu bolso. Cuando tengas una duda anótala en la libreta para la siguiente cita.

Esa libreta debe tener todos los datos telefónicos de tus médicos, hospitales y laboratorios. Puedes crear apartados para el ginecólogo, el cirujano, el oncólogo, el cirujano plástico, el endocrinólogo, el radiólogo, etc.

Lleva también una grabadora a cada cita con los médicos. Graba toda la sesión. Así podrás repasar las respuestas que dieron a tus preguntas, sin recurrir exclusivamente al recuerdo de las palabras. Cada palabra que surge de tu corazón para plantear una duda, para expresar una condición, para compartir un estado de ánimo es importante. Tan importantes como las palabras de los médicos que quedarán grabadas y podrás repasar cuantas veces lo necesites.

## DEL APOYARSE EN OTROS

Descubrirse un cuerpo que, en el lugar de un seno, o de ambos, se halla una cicatriz, puede ser devastador. Es posible intentar convencerse de que la femineidad no radica en la piel, o alguna parte de la fisonomía. Sabemos que somos mujeres por todo lo que nos conforma, nos lo repetimos en la mente. Sin embargo, tras la cirugía me miré al espejo por primera vez y traté de valerme por mí misma, de utilizar mis recursos interiores, esa fortaleza que me había auxiliado a lo largo de cinco décadas en cada faceta de mi vida: como esposa, madre de seis, hija, profesionalista. Pasaron los meses y seguía el recordatorio

diario frente al espejo, hasta que una tarde tomé conciencia de que, además de la salud física, necesitaba buscar ayuda para recuperar la salud emocional. Lo único que logró el consuelo que había encontrado en el pan dulce los últimos meses era aumentarme de peso. Decidí llamar a la terapeuta; su hermana era sobreviviente de cáncer de seno y había fundado una asociación civil. La llamé y, tras una larga charla, entendí en la mente y el corazón que otras mujeres habían pasado por lo mismo. Que ahí estaba toda su experiencia y ésta era mil veces mejor que todas las piezas de pan dulce remojadas en lágrimas. El descubrimiento fue maravilloso y aquí dejo mi último consejo:

No te sientas sola, no lo estás. Muchas mujeres han pasado por lo mismo que tú. Es cierto que las circunstancias son distintas para cada una, pero en el fondo el proceso es el mismo para todas. Recuerda que otros pasos han recorrido el camino y conocen sus recovecos más oscuros, sus cuevas más arduas, pero también esas llanuras donde podrás tomar un respiro y escuchar otras historias que hagan eco dentro de ti. Recurre a las asociaciones civiles que dan apoyo emocional o a un terapeuta, son la medicina que necesita tu interior. Y si crees en Dios, aférrate a Él y no lo sueltes.

Según la Real Academia Española la palabra sororidad proviene del latín «soror» *-ōris* 'hermana carnal'. Amistad o afecto entre mujeres. Relación de solidaridad entre las mujeres, especialmente en la lucha por su empoderamiento.

Y en este sentido agregaría que, la solidaridad entre mujeres que han padecido o padecen de cáncer es también sororidad. Sororidad que se traduce en compañía, en escucha, en comprensión.

Palabras, historias, compañía, apoyo, sororidad.

La lucha contra el cáncer es fiera, pero no invencible. Lo atestiguamos las miles de mujeres que hemos ganado esa batalla.





11

## Aquellas otras rendijas

*Ethel Krauze*

---

### PRIMERA PARTE

*Papá*

Me puse a hablar con la pared. No encontré otro lugar para increpar a Dios. Empecé en voz baja, pero fui subiendo el tono, hasta liarme entre sollozos muy amargos. Nos habían reunido a los hijos para darnos la noticia. Hui al que fuera mi cuarto y me senté en la cama de cara a la pared. Mamá llegó a rescatarme del pleito feroz con aquella pared ante la que ya estaba yo manoteando. Recuerdo las florecitas del tapiz, y la firme voz de mamá:

—¿Qué estás haciendo?, ¿quién se murió...?

Su frase fue un relámpago que me llegó al fondo del cerebro.

—Aquí nadie se ha muerto. No es tiempo de llorar. Así que levántate, vamos a salir a cenar con tu papá y tus hermanos, todos juntos. Vamos a celebrar la vida.

Mamá era un halo de luna iluminada en medio del eclipse.

Fuimos al Sanborns a unas calles de la casa, el que papá había convertido en su segundo hogar para el café y el periódico diariamente antes de llegar al trabajo y antes de la merienda. Ésta era una ocasión especial. Llegamos en familia un lunes por la noche.

Tengo la escena perfectamente delineada. En la semi penumbra del lugar hay una mesa que resplandece como si emanara de ella un ligero polvo dorado. Todos saben que la biopsia de papá, luego de una operación de rutina, ha arrojado una nueva palabra en el juego de los dados sobre la mesa. Una palabra que no se ha aprendido a pronunciar. Mientras el mundo cambia de rumbo para todos los presentes, hay algo que no sólo no habrá de cambiar, sino que se asienta, descubriéndose con plenitud. ¿De qué se trata?

Cada uno ordena su platillo favorito y brinda.

—Por la vida —dice mamá.

—Por la hermosa vida que tenemos ahora —sonreímos mirándonos unos a los otros, con azoro, con lágrimas contenidas y la copa levantada.

### *Bienamado*

La calle se volvió vertical. ¿O soy yo caminando con los pies pegados a la pared? ¿Se habrá movido el eje de la tierra? ¿Qué le pasó a la gravedad!

–Podemos entrar ahí a tomar algo... –no sé si es mi voz o la de él.

Es un bar encantador, con altos ventanales y vodka martinis helados y un bol de frutos secos y tintines de mayo bajo el sol de Houston.

–Un poco de negación es buena –oí que me decía. Me bebí de golpe el vaso y pedí el segundo.

Habíamos llegado el día anterior, en busca de una explicación a un creciente dolor en un brazo que se le había instalado haría no más de unas semanas. Como médico internista, él intuía que había que llegar al fondo, y prontísimo logró la cita en el centro médico de Houston. Nunca pensé, ni en la más cruenta pesadilla, cuál habría de ser el diagnóstico.

En la tarde moví dos sillas frente a la ventana del cuarto del hotel para que contempláramos juntos la belleza del crepúsculo.

–Cuéntame algo de tu infancia... –le dije.

Necesitábamos hacer el recorrido de todos los temas que no tuvimos, que no tendremos, a toda velocidad, pues apenas nos habíamos juntado, reconocido uno en otro, en la flor de la madurez, luego de haberle dado cada uno algunas vueltas a la vida. Todavía despertábamos en el milagro de una luna de miel que se prolongaba. El médico había dicho que la máxima sobrevida, estadísticamente, era de dos años y medio. Colapsé, me dieron un Diazepam y me sacaron al pasillo.

La tarde se hacía naranja y morada sobre los puentes y las avenidas. Me contó que de bebé lloraba cuando quería pan, me contó de su felicidad en un huerto de

Acapulco, donde se crio. Me dijo, no me voy a morir sin luchar.

En la noche hice una investigación con el gerente del hotel para tener listos los documentos necesarios. Nos casamos a las ocho de la mañana en la oficina del condado ante la autoridad local, porque a las nueve nos esperaban en el hospital para los análisis preoperatorios que durarían el día entero.

La víspera de su cirugía nos vestimos de gala y bajamos al restaurante del hotel. Era un lugar de vaqueros con cornamentas enormes adornando las paredes. No resistí, le dije a la mesera, que vestía a lo *cow girl* con minifalda y botas de cuero: hoy nos casamos, estamos celebrando nuestra noche de bodas.

Desplegó su rubia sonrisa con una interjección de júbilo que contagió a sus compañeros de servicio. Nos hizo fiesta entre los meseros y algunos pocos clientes de otras mesas, nos zampamos un platón de carne magnífica y dos botellas de tinto. Estábamos felices, no podíamos negarlo. Acabamos besándonos con dulce descaro sobre el mantel, al tiempo en que nos rodaban las lágrimas.

De qué manera más intensa, lenta, eterna, dialogaron nuestros cuerpos esa noche irrepetible, no podría describirla porque todo ocurrió en un espacio del que no quise salir, y no he salido.

### *Mamá*

Estábamos mirando a mi hija que jugaba a sus pies. Había venido a visitarnos y a traer unos regalos.

–Tuve cita con el ginecólogo –dijo así, de pronto. Alcé la vista, me di cuenta de que buscaba cómo decirme algo–. Es que tengo una bolita. Mira, toca. Me van a hacer estudios.

Para mi escándalo, llevó mi mano a su pecho y me hizo tocar la bolita. Sentí que me caía un rayo en el cerebro.

–Pero yo estoy tranquila. Lo que haya que hacer, pues que se haga –sentenció.

Esa frase no la dijo una, sino todas las veces posibles. Para el primer diagnóstico, para la primera cirugía, para el segundo diagnóstico un año después, para la segunda cirugía, para la doble mastectomía...

El día en que mi hermana y yo le vimos el torso descubierto, nos miramos con un horror culpable que nos dejó paralizadas. Mamá no se dio por enterada, se puso el tremendo brasier y se vistió.

Alguna vez le pregunté en directo cómo se sentía, pues mi vocación de escritora no es muy amiga de los silencios.

–Ya no tengo nada de mujer –me dijo mamá, con una especie de sonrisa entre irónica y reflexiva–, hace muchos años me quitaron la matriz, y ahora los dos pechos. Pero ¿sabes qué? No me importa. Yo sigo siendo la misma mujer que siempre he sido.

Nunca me abandona el deslumbramiento de esta frase de mamá.

## SEGUNDA PARTE

Muchos años después de que se curó, papá murió de un infarto inaudito en brazos de mamá, pocas semanas antes de salir a las Bahamas para festejar el aniversario de bodas número cuarenta y cinco. Había salido a la agencia de viajes por los boletos de avión, al regreso empezó a sentirse raro, llegó a casa todavía y pronunció el nombre de mamá. Ya no alcancé a ver más que sus dulces ojos abiertos en la camilla de urgencias.

Ahora sí que había llegado el tiempo de llorar.

Mamá se curó también. Hasta nos olvidamos todo lo que había pasado. Llegó a los ochenta años y le hicimos una fiesta llena de rosas, como su nombre. Un tranquilo martes, se sentó en su sillón a leer, como era su costumbre, luego de hacer sus quince minutos de bicicleta estacionaria. De pronto, alzó la vista y se quedó suspendida en un punto infinito. Entonces yo me quedé suspendida en un aire oscuro, sin ningún piso. ¿Quién me iba a decir la frase que necesitaba?

Porque fue ella la que me dijo, por larga distancia, aquella noche más negra del mundo: él es joven, es fuerte, se va a poner bien, te lo vas a traer vivo de regreso a México, aquí les voy a hacer una fiesta de boda. Una larga distancia que duró, intermitentemente, más de un mes, yo ante la cabina pública en algún pasillo del hospital, y una caja de pañuelos desechables que se volvían dos y tres conforme iba despotricando entre sollozos la maldita vida, la amenaza de suicidio, y mis gritos de que se mueran todos los viejos «menos tú, mamá», porque

mi bienamado era el más apuesto y apenas iniciaba nuestra historia y no era justo, no era justo, no era justo...

Mi bienamado no sabía que yo sólo me mantenía con vida para ayudarlo a bien morir y a darle un entierro digno de recién *beloved wife*, como decía la tarjeta que le compré en la farmacia, a la vez, tienda de regalos del hospital, y que me pasaba las noches tomando vodka a escondidas, pegada al teléfono/cordón umbilical de más de mil kilómetros con mamá para que me entretuviera y no fuera yo a arrojarme por el quinto piso antes de tiempo. Mi bienamado no sabía que yo no me había vuelto a bañar desde nuestra noche de bodas y mantenía puesta la misma ropa, porque quería conservar en mi cuerpo todos los sellos de su cuerpo: *grábame como un sello en tu brazo, como un sello en tu corazón, porque es fuerte el amor como la muerte, las aguas torrenciales no podrán apagar el amor ni lo ahogarán los ríos...*

En todas las salas de laboratorios en las que aparecíamos juntos, me tomaban a mí como la enferma, sin preguntar siquiera. Ya a medio camino, él le decía al asistente: no, perdón, ella es mi esposa, yo soy el paciente. Nos miraban incrédulos: mi bienamado parecía cada día más bello, con sus rizos oscuros que enamoraban a las enfermeras, incluso algunas me decían ay se antoja tanto tocárselos... Yo era un fantasma deambulando a la espera de la guillotina. Mi enfermedad no tenía nombre, por lo tanto, no había diagnóstico ni tratamiento. Yo misma me consideraba un despojo incapaz de ayudar a quien de verdad lo necesitaba. Mamá me mandó a una prima querida para que me acompañara en el trance porque yo

sólo odiaba y quería morir. Mientras tanto, mi bienamado ponía todo de sí para luchar por su vida, y, además, me cuidaba, te ves desmejorada, por favor ve a comer, me sonreía, me acariciaba los cabellos.

El médico le explicaba a mi bienamado los posibles tratamientos postoperatorios, en el lenguaje especializado con el que se entendían perfectamente. Ya estaba dictando la receta del medicamento elegido, cuando hizo una pausa y me miró, no sé qué haya percibido el buen hombre en mi postura, en mi semblante, pero cambió de idea: *you are a very good looking man*, le dijo y le prescribió la segunda opción, con la cual no perdería el cabello, me aseguró. Me sentí miserable y agradecida, el corazón del doctor se apiadó del harapo en el que me había yo convertido, me brotaron lágrimas de una amargura desconocida. Nunca supo que mi bienamado ya se había comprado un sombrero tejano previniendo las secuelas de la quimioterapia, lo escogió probándose varios y me decía ¿cómo me veo? ¿cuál te gusta más?, mientras yo tragaba trozos negros de hiel. No tuvo que usarlo, al menos me quedaría la imagen de su belleza completa.

Mamá tuvo razón, me lo traje vivo a México. Los dos años y medio de estadística fueron creciendo y dulcificándose y llevan ahora cumpliendo veintiocho años, una hija de por medio y, mi bienamado, de carne y hueso, está conmigo ahora leyendo estas líneas. Que sea largo, muy largo el camino que nos falta.

Tuve que abrirle paso a estas otras rendijas por las que se colaba la tenebrosa palabra y aprender a pronunciarla



y hacerle espacio en mi historia: la palabra cáncer. Tuve que aprender a mirarme a mí misma con compasión, a saborear cada segundo de la vida. A confiar en la bendición de la ciencia y a creer que existe algo más profundo que no podemos comprender.

Dedicado a mamá, que todavía me habla a larga distancia.

*26 de julio de 2021*





III

## El cáncer siempre pierde

*Mónica Salmón*

---

TODAVÍA ANTES DE LEVANTARME DE LA CAMA LOGRO escuchar el recuerdo de su voz alegre lleno de esperanza. Al cerrar los ojos puedo ver en su rostro su sonrisa, esa curva que delinea la felicidad que dice que aún sigue viva, que no se cansa, que no se dará por vencida. Mantiene esa sonrisa porque sabe que está prometiendo certezas en un mundo incierto, sostiene esa sonrisa que no cambia su destino por un diagnóstico, esa sonrisa que está presente ante cualquier panorama. Es el recuerdo de esa sonrisa el que me mantiene de pie y me hace seguir escribiendo, aquí y ahora, por ella, por ustedes y por mí. Constantemente trato de imitar su ejemplo; a veces fallo, pero otras veces lo logro.

El cáncer de mi mamá me enseñó que ella tenía razón: si la voz de una sola mujer se convirtiera en la voz de todas, el mundo entero nos pertenecería. ¡El mundo sería nuestro! Recuerdo bien que decía: «*si quieres saber cómo es una mujer, dime si levanta su voz por otras mujeres*». Siendo sincera pensé que exageraba, pero al poco tiempo de entrar al mundo de la oncología y escuchar a las mujeres con cáncer, sus historias, sus temores, sus anhelos y sueños, y escuchar sus logros y sobre todo aquello de lo que han sido capaces de hacer, de enfrentar, de superar, me di cuenta de que las mujeres no somos dueñas del universo sólo porque todavía no nos hemos puesto de acuerdo. El problema radica en que las mujeres todavía no reconocemos la voz de todas. Seguimos señalando con el dedo acusador, nos atrapan interminables dudas, los egos rotos y las envidias. Los cuestionamientos hacia nosotras mismas y hacia las otras no son amables. Apagamos nuestra voz por miedo, por inseguridad, y callamos la de las otras. Son tantas voces a la vez que no logramos escucharnos.

De la nada hay silencio, confusión, una larga pausa. El miedo invade y en un abrir y cerrar de ojos el cáncer es parte de tu rutina. La vida se convierte en un antes y un después del cáncer. El tiempo se congela, llegan palabras nuevas, rutinas distintas, sabores diferentes, tiempo sin planes y planes atemporales. Todo se cae, todo se desarma. Lo que era, ya no es, y lo que es, ya no será. Entonces ahí, sólo ahí, nos abraza una sola voz, la voz de las mujeres mensajeras, sí, la de ellas, la voz de las que ya pasaron por ese camino, de las que nos arropan,

que dan consejos y nos regalan esperanza. Son las voces de las mujeres que nos quitan la pausa, nos devuelven el aire, nos dicen que nuestras voces pueden unirse y podemos comenzar con claridad a escuchar las voces de otras, a creer en la fuerza de otras mujeres y, sobre todo, a creer en nuestra propia fuerza, a darnos cuenta que somos capaces no sólo de entender sino de acompañar el camino calzando los zapatos de las otras, sin juzgar, sin miedos. Con amor nos acompañamos y es ahí donde el ego roto se cose con hilos de empatía.

Recuerdo que mi mamá una vez me dijo: «*tengo la enfermedad del amor*». Sí, así bautizó mi mamá a su cáncer, como la enfermedad del amor. Al principio no entendí, me confundí. Ella era la persona más alegre y amorosa que había conocido. Después me explicó que había que desmitificar al cáncer, que en lugar de una maldición era más bien un maestro existencial que le enseñaba a dejar de preocuparse por los problemas intrascendentes para empezar a vivir los detalles sencillos de la vida. Cada día todo a su alrededor cobraba más y más sentido. Las palabras, las personas, los encuentros tenían un destino. En su agenda ya no había pérdida de tiempo.

El deseo de la vida se encendió dentro de nosotras y tomó un lugar importante. Me atrevo a decir que el mundo nos dejó de confundir y supimos vivir inmensamente felices. Al parecer sabemos lo que debe ser mirado, lo que debemos escuchar. Pero esa música del alma que le dice SÍ a la vida, la logré escuchar en el mundo de la oncología. El mundo del cáncer nos desnuda, nos despoja de cadenas falsas, relaciones

ficticias, compromisos absurdos. Nos enfrenta a nuestra verdadera esencia, nos hace darnos cuenta de lo que realmente estamos hechas y no de lo que pretendemos ser. Descubrimos la belleza de no querer ser definidas bajo ninguna mirada o juicio.

Cierto es que hay momentos dolorosos, difíciles, muy oscuros, donde el alma duele, donde el alma siente que se agrieta. Es ahí, en ese dolor, en esa oscuridad, en ese miedo, en ese instante, donde escucho con mayor fuerza las palabras de mi mamá. *«Ninguna metástasis, ninguna célula cancerosa puede hacer pequeño al amor. Ningún diagnóstico lo empequeñece, lo termina, lo aniquila. Al contrario, el amor florece con las palabras de aliento, las historias de las otras, las lágrimas, las esperanzas, las caricias, la fe, la fuerza de cada una que luchó y no se dio por vencida y que hace que sea la enfermedad que enciende el fuego del amor. Ama todo lo que se presente, ama todo lo que se pueda.»*

Mi mamá tenía razón: en todo diagnóstico el cáncer siempre pierde, porque despierta al amor, despierta a la vida, nos llena de deseos y decisiones, nos ofrece diferentes caminos, nos invita a la reflexión, a escucharnos, a conocernos, a mirar hacia adentro, nos ofrece la posibilidad de decidir si queremos celebrar la vida que hemos tenido y nos hace saborear lo que tenemos y lo que quizá no tendremos más nunca, nos muestra lo libres que podemos ser para decidir y que somos la historia que nos contamos: o bien una tragedia o bien la enfermedad del amor, nos invita a que el tiempo

no se nos vaya de las manos, a no dar por hecho nada y a nadie, nunca.

Por las que ya lo vencieron, por las que lo están viviendo, por las que ya se fueron, por las que nos ha marcado, por las mensajeras, por las que lo pueden vivir: sus historias cobran una sola voz, somos la voz de todas. Ninguna está sola.

El cáncer nos mantiene pendientes de la vida y eso es uno de los regalos más hermosos de la existencia.







IV

## Nude y perla

*Mónica Lavín*

---

CONSERVO DOS BRASIERES DE MI MADRE. CUANDO murió, mi hermana y yo escogimos las prendas que nos gustaban o que nos quedaban y regalamos otras. Es una tarea difícil, casi violenta. Es deshacer el orden con que pendían de los ganchos o estaban dobladas en los cajones, esperando ser elegidas, salir a arroparla, a presumirla. En el caso de mi madre había mucho esmero, detrás del orden estaba ella y había que empezar a borrarla, a juzgar las piezas, detectar lo gastado de algunas y lo poco usado de otras. Quererme quedar con aquellos brasieres tenía que ver con el momento en que los compramos

y con algo, que ahora que escribo este recuento puedo desentrañar. Porque escribir es eso: comprender. Quiero entender por qué están en el cajón de mi casa: uno color crudo, el otro blanco perla, que no uso ni tampoco tiro.

Mi madre me regaló una anécdota de su adolescencia que recogí en un cuento llamado *El brasier azul*. El cuento habita un libro para lectores de secundaria y, cuando he tenido la fortuna de estar frente a un grupo que lo ha leído y me pregunta cómo se me ocurrió, les confieso que eso le pasó a mi madre. Que ella se robó el brasier azul de encaje que estaba en el tendedero de aquel edificio, donde cada departamento tenía un pequeño islote para secar sus prendas al sol. Ella tendría quince años, mi abuela trabajaba sin parar y no había la posibilidad de comprar una lencería delicada y coqueta como esa. Seguramente tampoco encontraría semejante prenda en México porque su propietaria era la vecina francesa. Mi madre lo describía con esmero, como si más que ropa fuera un caramelo, para que comprendiéramos porque se había saltado las trancas y hurtado la prenda ajena. Cómo no iba estar en un cuento ese anhelo, esa transgresión por poseer un brasier que la muchacha que estrenaba la redondez de sus pechos colocaría muy cerca del corazón.

## PUENTE EN REPARACIÓN

Me tocó a mí dar la noticia. Mi madre se recuperaba de la cirugía en aquella habitación del hospital. Quería que

tardara mucho en despertar, deseaba no ser yo quien le dijera que efectivamente uno de sus senos ya no estaba porque la biopsia, efectuada mientras ella estaba en el quirófano, había revelado el cáncer. En realidad, anhelaba cambiarme de guion. Distraía lo que me esperaba —más bien lo que le esperaba mi madre— mirando por la ventana aquel puente del Viaducto que estaba siendo reparado. Las máquinas hacían un ruido insufrible al triturar el cemento; luego retiraban los pedazos informes con una grúa que los depositaba en camiones para su despojo. No era la mejor escena con la cual distraerse, el trozo de puente que iba quedando era como un muñón, una anatomía distorsionada. ¿Por qué el paisaje exterior se me estaba volviendo la historia del cuerpo de mi madre? Mamá tenía cincuenta años. Había detectado una pequeña protuberancia detrás del pezón y el médico dijo que era necesario extraerla y que la analizarían mientras ella estaba en el quirófano para proceder a cerrar o a extirpar la mama, según los resultados. Qué verbo más acuchillador: extirpar. La familia esperábamos en el cuarto cuando nos llamaron desde el quirófano para que acudiéramos. El doctor nos dio la noticia, era maligno y era necesario proceder. Mi madre anestesiada ignoraba la violencia curativa que alteraba su simetría. El doctor también intentó tranquilizarnos: si en los ganglios no aparecía nada, con la operación bastaba y no sería necesaria la quimioterapia. Regresamos a la habitación con un peso enorme en el cuerpo, como si la parte que a ella le quitaran se añadiera al nuestro. Tardaron mucho en subir a mamá de la sala de recuperación, ya era tarde y

me quedé yo para pasar la noche con ella. La penumbra de la tarde acalló los ruidos de las máquinas y el muñón de puente quedó sólo y abandonado a su suerte. Cada vez me era más difícil distinguirlo.

En algún momento mamá despertaría, en algún momento tendría que decirle lo que había ocurrido. Cuando abrió los ojos, lo primero que hizo fue preguntar mientras yo le tomaba la mano. Por el sudor en mis palmas y la manera de apretarla, ella sabía lo que diría. *Sí, mamá, te tuvieron que quitar el pecho.* Dio un grito agudo y largo que opacó al del destazadero de cemento que había ocupado la tarde.

#### EL BRASIER TUERTO

Después vino aquel incidente en los Viveros de Coyoacán. Caminábamos por los senderos interiores, de pronto mamá se detuvo. Esta vez fue un grito ahogado, lastimoso, con el que se dobló para recoger la prótesis que había resbalado del brasier hasta caer en sus pies. Miré alrededor para indicarle que podía volverla poner en su sitio. ¿Sitio? Era un no sitio. Aún no le hacían la reconstrucción. Cuando reanudamos la marcha mi madre lloraba en quedo, humillada. No tuve palabras, sólo pasé el brazo por su espalda y seguimos.

¿Por qué los hijos no somos amigos de nuestros padres? ¿O hasta qué punto podemos ser amigos? La escritura me da la distancia para hacerme las preguntas que no les hice ni a mamá ni a papá: ¿de qué manera

afectó el cuerpo transformado de mi madre la relación entre ellos? Y me refiero a la relación física, al paseo de la mirada y las caricias sobre el cuerpo. Pocos años después de la mastectomía de mamá, mi padre empezó otra relación. Una relación encubierta, que después él mismo sacó a la luz y mis padres estuvieron separados varios años. Es cierto que la vida conyugal es complicada y que los vaivenes ocurren, pero no puedo dejar de pensar que el cuerpo mutilado de mi madre tuvo que ver con el deseo averiado de mi padre y la necesidad de encontrar solaz en otro lado. No lo culpo tampoco, ¿quiénes somos los hijos para culpar ni juzgar? Pero es claro que la reconstrucción que necesitaron no era sólo de la parte física de mi madre. ¿Cómo se enfrenta entre dos ese cuerpo que es difícil mirar en el espejo?

## VEINTE AÑOS DESPUÉS

Cuando la mastectomía de mamá, eran los años ochenta y el doctor tuvo razón, pues mi madre no tuvo problema con el cáncer de mama. Pero aparecieron otros.

Un día se desmayó mientras ayudaba a mi hermana en los escaparates de una tienda. Mi hermana aprendió ese oficio para ganarse la vida, pues es pintora y escultora, de la propia actividad de mi madre en el negocio de la familia. Mientras colocaba una mascada, que era su prenda favorita, se desmayó adentro de esa caja de cristal. Después de muchos análisis sólo detectaron una ligera anemia. Volvieron a pasar unos años y, mientras le

hacían un ultrasonido de tiroides, se sintió muy mal. Al efectuar pruebas en urgencias del hospital, lo único claro fue la anemia. Estaba perdiendo sangre por algún lado y una amiga doctora dijo que era necesario hacerle una colonoscopia pues el hermano de mamá había muerto de cáncer de colon. *Como no se me ocurrió antes*, se reprochó. Efectivamente la colonoscopia reveló un pólipo de cinco centímetros, grotesco desde su letalidad suspendida. Nos lo enseñaron mientras flotaba en un frasco una vez que lo extrajeron en el mismo procedimiento de revisión. Aunque ya auguraban en su aspecto delator el cáncer esperamos a las pruebas microscópicas. Nos dijeron que había sido a tiempo, pero que ese cáncer llevaba diez años creciendo. Nunca más claro que le llamen el enemigo silencioso: una enfermedad que corroe por dentro y que pocas veces da señales de su cohabitar. Qué importante la cultura de prevención para detener a tiempo. Para el colon es casi inexistente en este país. Nos sugirieron que sus hijos también nos practicáramos la prueba por las probabilidades que teníamos de desarrollarlo, y porque podía ser atajado a tiempo.

Al poco de morir mi padre, ella se atendió una pequeña mancha roja en la nariz que resultó también un cáncer que extirparon, otra vez, a tiempo. Lo que ya no pudo ser a tiempo es el cáncer que un año después de la muerte de mi padre, fue la causa de su muerte. Es verdad, mi madre tenía EPOC. Dejó de fumar en aquel desmayo dentro del escaparate, pero había fumado durante cincuenta. Cuentan los doctores que el cáncer de pulmón de células pequeñas, muy agresivo, les da a

fumadores. Termina con la vida rápidamente. Sólo se ha reportado en México el caso de un sobreviviente. Como mi madre quería vivir más de sus ochenta y cinco años, optó por la quimioterapia que le indicó con enorme optimismo una oncóloga. Tal vez hubiera estado con nosotros los dos meses que le pronosticaban de vida, pero no resistió la primera dosis de quimio.

### DE COMPRAS

Yo quería responderme por qué guardo en el cajón los dos brasieres de mi madre: el *nude* y el perla. En los meses que mediaron, escasos dos, entre la bajada de sodio y el descubrimiento de las causas, logramos ir de compras. Mi madre necesitaba brasieres. Ir de compras es una actividad que mamá y yo gozamos, igual que mis hijas conmigo, igual que mi madre, mi hermana y mis hijas todas juntas. Almacén grande porque ella necesitaba elevador para no tropezarse en las escaleras eléctricas, piso liso, departamento de lencería, banquete de ojos distraído entre colores y texturas, las dos recordando aquel azul ondeando al sol que acabó en su cuerpo, aunque no lo podía llenar del todo. *Pruébate tú también* dijo. Las dos en aquel vestidor bien iluminado y yo frente al cuerpo de mi madre cuyos pechos tuertos no había visto en todos esos años, Cobardía de mi parte pudor de la suya, disfruté que nos probáramos juntas como si fuéramos amigas adolescentes. Escogimos. Salimos a pagar. Dijo que me regalaba los míos y con

nuestra feliz complicidad nos tomamos un café para rematar la tarde.

¿Que si los usó? Tuvo oportunidad de estrenarlos, me consta porque cuando los tomé de su cajón donde presumían su calidad de nuevos frente a los gastados, los acerqué a la nariz y, entre el olor a limpio, aún estaba el aroma suave y dulce de mi madre. Será porque todas las noches se perfumaba y la tela poco a poco se volvía aliada de ese pacto femenino y respetuoso consigo misma que nunca dejó. Ahora que escribo esto sé muy bien porque guardo los brasieres de mi madre. Son las trincheras de sus luchas. Son el resguardo de lo que me ligaba como hija al momento primero en que me alimentó. Mi madre afrontó avatares de salud y nos protegió a sus hijos aún desde la enfermedad. Mientras todos deseábamos que ya no se hiciera la quimioterapia por los estragos que le provocaría, cuando la sentencia de muerte ya estaba dictada, ella apostó por la vida. Los brasieres que fueron su última compra son esa bandera vital, ese deseo por seguir y disfrutar.





v

## La vida es un carnaval

*Amaya Blas*

---

EL LIGERO RUIDO DE LAS SÁBANAS DISTRAE MI SUEÑO mañanero. Es su mano que las roza, para alcanzarme, para abrazarme y darme un beso tierno en el cuello. Sonrío por dentro. No pienso ceder aún; prefiero quedarme amarrada un rato más a este sentimiento. Las sábanas se rozan entre ellas, cada vez más. El ruido es insoportablemente hermoso. ¡Buenos días!

Camino al baño paso por la ventana, esa que al fondo pinta un atrapasueños en el balcón de mi vecino. Esa que me anuncia, cada vez, que los sueños siguen ahí, anhelando ser concretados. No conozco a mi vecino (por alguna extraña razón siento que es hombre); sólo sé que sueña como yo. Eso es suficiente para que me caiga bien, para que me den ganas de aventarle un apapacho por

todas las sonrisas que me ha sacado su balcón, por todas las esperanzas que me ha dado ese mundo de plumas coloridas. Todo está bien. En fin... hora de darle rienda suelta a mi sonrisa.

La vista del parque me pasa corriendo. Troto mientras escucho mi podcast favorito, ese que me hace sentir «culta». Ese que me llena de historias de todas partes y tribus. «Aquello era monumentaaaal» dice la voz espesa de Diana Uribe. ¡Qué mujer! Mis pasos firmes y fuertes avanzan uno detrás de otro, con la seguridad de que estas piernas sanas podrían llevarme al fin del mundo. El arcoíris aterriza, de nuevo, en la Plaza Luis Cabrera. El canto de los pájaros atraviesa la voz de Diana. Respiro profundo libre de filtros (por ejemplo, ¡el tapabocas!). Huele a verde.

Escucho al monje del video de *Peace Revolution*. Ese hombre que me baña en paz y tranquilidad. Mi mente anda alborotada por todo lo nuevo, todo lo bonito que hay por hacer. El sabai me transporta a aquel día en Asturias, mi cuerpo sobre el pasto, ese que nutría de lo lindo a las vacas vecinas, ese que ascendía a la montaña y alborotaba mi olfato; el mar y la arena tibia de fondo. Una postal en movimiento. Quiero ir al cine al rato —¡sssh! Acallo mi mente dispersa, intento concentrarme otra vez. Respiro hondo. Visualizo un rayo de luz blanca que atraviesa mi cuerpo de arriba a abajo, me llena de ella... estoy en medio de un bosque, las ardillas corren tronco arriba, el sol atraviesa las ramas hasta posarse en mi frente, huele a tierra mojada. Sabai. Sabai.

El agua resbala por mi cara, nunca la había sentido tan fresca. Últimamente, se me resbalan, también, los problemas. Me enjabono mis brazos largos, mi tronco corto y mis piernas kilométricas (esas que como herencia del bullying me tenían acomplejada, ¡ya no!). Siento cómo mi cuerpo es mío, ya no hay nada que se sienta ajeno. Mi piel reacciona al contacto, feliz de estar disfrutando de esta fiesta. Elevo mi mano justo arriba de mi pecho derecho, no hay bulto ni cicatriz. Esta vez, la sonrisa se me desborda. Hermosamente incontrolable. Agarro la tapa con sonaja que cierra el *shampoo* de bebé, ese que limpia mis ojos, que les ayuda a borrar cualquier horror que hayan visto antes. La sonaja y mi baile al son de «Todo aquel que piense que la vida es desigual, tiene que saber que no es así, que la vida es una hermosura, hay que viviiiirla...», no puede faltar, como cada mañana. Me hubiera encantado ver a Celia Cruz en vivo. ¡Ufff!

Debo llevar horas bajo la regadera. Piscis, al fin.

«El desayuno está listo, mi amor». Corro hacia él, el desayuno puede esperar un ratito. En algunos casos, el ayurveda aconseja tomar el postre antes de lo salado. Presiento que en vidas pasadas fui hindú; así que, ¿por qué no? Lo demás: clasificada R. Siempre me gustó el sonido ronroneante de esta letra, el esfuerzo al pronunciarla y el inevitable placer al escuchar la vibración que sale de la boca al aire. Errrrre.

Chanclas, bikini, shorts (enseñando mis piernitas, ¡sí señora!), tres blusas, mejor cinco blusas, *pashmina* del «por si acaso», bronceador, repelente, botas, un par de *jeans*, ¡todo a la mochila! Mientras él va a cargar gasolina,

yo empaco los vinos, el queso, el jamón, las baguetes (con extra gluten, ¡claro que sí!).

El velocímetro marca 110, mientras la contaminación se va rindiendo. La ventana abajo. Respiro profundo con mi cara tan desnuda, las fosas nasales al descargado, despojadas de cualquier filtro (un tapabocas, ¡por ejemplo!). Cierro mis ojos, respiro más fuerte, los abro, no puedo perderme esta vista. Alzo mi brazo derecho sin esfuerzo, lo saco por la ventana para darle un *hiz* al aire por su buen cometido. Mis pulmones retiemblan de alegría. Mi mente se mantiene feliz en el momento, sin buscar escapatorias. Qué bonito es esto.

La vista de la montaña es hermosa. Mis ojos logran burlar la niebla para observar el espectáculo. Las hormigas ni tardas ni perezosas se apoderan de las migas de pan. Vacaciones gastronómicas para ellas, también. Me encanta ver cómo se ayudan entre todas para acarrear el festín. Hace falta observarlas más, aprender de ellas. La unión antes que la competencia. Siempre. Bebemos el vino de la botella para no desentonar con el ambiente. ¡Cruz, cruz al plástico satánico! Las chicharras no paran de contar cuentos de hadas y yo me siento en uno de ellos. Nuestras voces dejan de hacerles eco, mejor callar y escuchar lo que la naturaleza tiene que decir. El sol juega a las escondidas... y nosotros con él.

Mis brazos abiertos de par en par (¡sin esfuerzo!) mientras el detector de metales hace lo suyo, para darme el paso libre. Mis tiliches, varios, caen a la bandeja de seguridad, y a la siguiente, y a la siguiente... y a la siguiente. Muy mío de mí ir bien acompañada en cabina.

11:30 am. Estamos a punto de despegar, la azafata de una conocida aerolínea francesa nos da instrucciones. Me dan ganas de pedirle que se deje de señas y nos llene los oídos de ese idioma que me hace sentir como pose-sa. La dejo maniobrar sin interrupciones; en unas horas escucharé el francés por todos lados. Pincho en la pantalla la sección de cine de autor; ese que me hace sentir «intelectual», ese que me hace descubrir que las cosas se pueden hacer de mil maneras, ese que me hace soñar. Me emociono como niña. La adrenalina presente hasta en los pequeños detalles. ¿Habré sido francesa en otra vida? Más de una médium me ha dicho que sí. ¿Quién soy yo para negar mis vidas pasadas?

Estoy parada al lado de las bandas de equipaje. El abrazo de una señora pelirroja me sorprende. Me abraza fuerte y me da las gracias. Enseguida, toma su turno entre mis brazos una señora ensombreada de escasa dentadura, pero muy sonriente. ¿Será algún ritual francés de moda? ¿De repente, se volvieron más cariñosos por estos rumbos? Es entonces cuando me doy cuenta de que traigo colgando un cartón, «se regalan abrazos». Intento localizar mi maleta, pero desisto de ella, mejor entregarme a los brazos sanadores de las pasajeras. Y otro abrazo, y otro... y otro. Cierro los ojos y aprieto con fuerza, sin romper costillas, ¡claro!

«*Mademoiselle Amaya*». El corazón me bombea a mil por hora al leer el letrero que sujeta un señor delgado de ojos verdes, mientras hace aspavientos al llamarme. Nos subimos a un volvo color crema, con las ventanas abajo. No puedo evitar sacar mi cabeza por la ventana

de nuevo, ¡qué rico es el aire en la cara! Ojos verdes me observa un poco confundido. Hago caso omiso, este es mi momento.

Nunca imaginé que la oficina de Jean Pierre Jeunet fuera tan sobria. El mundo colorido vive en su imaginación, supongo. Ojos verdes nos presenta. Jean Pierre y yo nos abrazamos cual almas gemelas. Él anuncia mi llegada al resto del equipo. Mi francés fluye a borbotones al darles un discurso de agradecimiento por tan linda bienvenida. Noto cómo salen de mi boca frases que ni sabía que conocía. Todas aplauden. Sí, el equipo está conformado, únicamente, por mujeres. Salvo Jean Pierre, ¡claro! El café y croissants no se hacen esperar. Estamos listos. La lectura de *Anette*, su nueva película (¡que protagonizo yo mera!), está siendo un éxito. Parece que hubiera nacido para este personaje. Noto como Jean Pierre me observa maravillado, absorto en lo expresivo de mis ojos, hipnotizado por mi voz. Hago como que no lo veo, ¡casual! No sé cómo llegamos a esto, pero Jean Pierre toma un micrófono y comienza a cantar en ¿español? «*Yooo, para queeeerer, no necesito una razón, me soobra muchoo*».

\* \* \*

Sala de espera. Quimio.

«...*pero muuuucho... cooooraazóóóón*». Me despierta la voz hermosa de una mujer que vino a cantarnos. La mujer viene de la asociación *La luz de la esperanza*, y yo

pienso en que ya alcanzo a ver la luz bonita después de la tormenta.

La voz angelical de fondo me inspira. Intento concentrarme en mi cuaderno, en mi gran compañero de estos últimos meses, pero imposible no girar la cabeza cual *Emily Rose* al ver a este hombre-sexo-masculino que ayuda a su padre a un metro de mí. Si tan sólo acortáramos distancias, un besito nada más. ¡Este celibato me trae las hormonas alborotadas! En fin, como buena paciente, soy pacieeeeente, espero. Espero a que muy pronto me den de alta, quitarme este bendito tapabocas y estar libre de limitaciones.

«Vamos a hacer como si estuviéramos en una cantina, bebiendo tequila», dice mi nueva mejor amiga. Acaban de instalar micrófonos y toda la cosa. El ángel del karaoke viene a despertarme del letargo ¡y a recordarme que estoy viva! Que sigo aquí, que la vida es bonita y que todo pasa. Viene a recordarme las noches de canto a grito pelado, entre risas y baile. Noches de gozo y libertad, y de amistad, mucha amistad.

La mujer se instala junto a la sala de espera de quimio; vino a apapacharnos el alma... y los oídos. Ella es la primera en echarse el *palomazo*, un par de canciones nada más. Su voz me aleja de esta sala, del cuaderno, de mi madre –que siempre me acompaña–, me arranca el tapabocas de la cara, me aleja del olor a este hospital que amo y odio, a la vez.

Un señor delgado de cabellera blanca salta de su asiento y presuroso saca de su ronco pecho todo lo que haya que sacar. La Mini –mi madre– no puede evitar

soltar la carcajada al verme y reconocirme. «Haz de cuenta tú en las fiestas», me dice. Sí, esa soy yo en las fiestas, cuando estoy feliz. Esa soy yo y quisiera recordarlo. Mi frase con la que preparaba a los presentes, cuando me adueñaba del micrófono era: «Canto feo, pero con sentimiento». Dicen que sobre aviso no hay engaño.

Los juegos del karaoke han comenzado.

El cantante de cabellera blanca se mueve alegre, totalmente ajeno a la situación que nos espera allá adentro, después de cruzar las puertas del «sólo personal autorizado».

Canta de lo lindo, canta con el alma. La sala aplaude feliz. Quisiera aplaudirle el alma a cabellera blanca pero mi brazo derecho del lado del catéter me lo impide. Hay que ser prudente. Y pacieente. La paciente 153890, para ser exactas. Le aplaudo telepáticamente, confiando en que la buena vibra que le lanzo lo alcanzará.

Ahora se han parado a bailar algunas. Mis pies están que corren al micrófono, pero ya traigo colgando la aguja que me acaban de colocar en el catéter. No creo que sea buena idea zarandearme en este momento.

*«Y puedo caaaaambiarte el noombre, pero no caaambio la histoooria... eeres secreto de amoor, see-cree-tooo...»*

La enfermera sale a llamar a los siguientes, pero, a pesar de sus esfuerzos, lo que predomina es la voz alegre del canto. A duras penas logro entender que aún no es tiempo, que por ahora no oleré los químicos, que me espera un rato más sentada de lo lindo en esta cantina, bebiendo unos *shots* de esperanza.

«¿Quién más se anima?»



Mis piernitas (¡cansadas pero enjundiosas!) me llevan hacia el micrófono en señal de rendición mientras mi mano derecha tranquiliza a la aguja recién puesta. Mi mente reza ese bonito mantra: «lo bailado ni quien te lo quita».

Se nos fue el internet, pero no las ganas. Decido que *La chancla* es buena opción para una despedida. A falta de pista, la mujer me acompaña *a capella*. ¡Sí señora!

El «público» aplaude y es entonces cuando me atrevo a anunciar que ésta es mi última sesión de quimio. Aplauden ahora con muchas ganas. Las mismas que todas tenemos de que esto acabe ya. Las voces y anhelos de todas, resumidas en un aplauso hermoso.

La mujer me abraza y me dice al oído: «Fue un mal sueño». El agua salada me escurre por las mejillas.

Sí, fue eso: un mal sueño. Ahora llega el despertar y el sol de la mañana.

Soy del desierto de Sonora, siempre me ha encantado el sol.

\* \* \*

Hay días en que no lo entiendo y otros en los que, simplemente, no lo pienso. Tampoco tiene mucho caso. Lo importante es que estoy aquí y estoy viva. No, no soy la mujer súper sabia que habrían esperado después de pasar por un cáncer. Pero eso es lo bonito, sigo siendo yo, aprendiendo cada día. Hay cosas que cambiaron, sí. La vida tomó otra perspectiva, pero yo sigo siendo la piscis soñadora que era cuando era niña. Sólo que ahora

procuro balancear el soñar y el hacer. Ahora entiendo que hay que aprovechar la vida al máximo, aunque si le preguntan a la Mini —mi madre—, seguro les dirá que siempre he hecho lo que se me ha pegado en gana. También, es cierto. Desde chiquita amo la vida y eso no ha cambiado.

No, no estuve un solo día en cama. Mis ganas por vivir no me lo permitieron. Sí, sí lloré cuando hizo falta, ¡de vez en cuando es bueno lavarse la cara! El bendito tapabocas le puso un alto a los bichos, pero no a mi sonrisa. Hoy tengo un atrapasueños colgado en mi balcón y otro esperando que le asigne su lugar ideal. Hay que seguir soñando, todo menos perder los sueños.

P. D.: Dos años después, la Mini fue diagnosticada con cáncer de mama bilateral y ¿qué creen? Ella, también, está bien. :)



VI

## De cangrejos, cáncer y cangrejas

*Edmée Pardo*

---

APENAS LOS PERCIBO. DIMINUTOS, MIMETIZADOS CON el color de la arena, se mueven como sombras claras de un agujero a otro. Prefieren estar guardados que en el exterior. Camino. Sobre las piedras me topo con otra especie más grande y anaranjada. Me detengo. No importa el tipo o los colores, me atrae su morfología hexagonal, las diez patas, el sospechoso desplazamiento lateral, su capacidad para salir y entrar a las profundidades y los misterios del agua. Sé que a cada rasgo corresponde un razonamiento científico sólido, sin embargo, no dejan de sorprenderme sus particularidades cuando los miro embobada en las rocas junto al mar. Pienso en la otra

clase de cangrejos, en lo que me han traído y dejado, en las veces que me hubiera gustado meterme en una cangrejera y esperar a que pasara el oleaje.

Nací bajo las estrellas de principios del mes de julio. Conozco la palabra cáncer y el dibujo del animal desde pequeña. Algunos dicen que soy tan «canceriana» como dicta el zodiaco: cuidadora y amante de la familia como ellos de la bandada a la que pertenecen; dura por fuera y suave por dentro; voluble como las mareas; profunda y superficial; de preferencia huyo del conflicto y me oculto en el agujero; con un par de pinzas bien puestas en caso de que sea inevitable enfrentar al enemigo. En mi caso, en las tenazas llevo pluma y libro: las palabras son mis herramientas de combate.

También se llama cáncer a las tumoraciones de células malignas. Su constitución semeja el caparazón con el abultamiento y la sujeción al órgano donde crece, con las patas. En griego se le conoce como *karkino*, de ahí viene la palabra carcinoma que ya no permite confusión entre animales, zodiacos y enfermedades. Cuando preguntan mi signo zodiacal digo que soy cangreja para no invocar con mi voz ningún padecimiento.

La primera vez que la enfermedad llegó al círculo de mis amados fue caminando de lado, hacia las mujeres de mi familia. Tendría yo 9 años. Mi tía abuela, Mamanena, murió de cáncer en el pecho. Me lo dijo mi mamá en la sala de la casa al regreso del velorio. Muy arreglada ella con su vestido negro y labial carmesí, yo en pijama en espera de una explicación. Me contó que habría podido vivir más tiempo si se hubiera tocado el pecho cuando

se bañaba pues hubiera sentido las bolitas que crecieron hasta no dejarle espacio en el pulmón. Por eso siempre hay que bañarse bien, concluyó al besarme la frente y mandarme a dormir.

La segunda vez que lo escuché fue en el rostro extraño de mi padre al hablar de su mamá. No los vi sufrir, no me dejaron ir al hospital, no supe de los dolores y los miedos que padecen los pacientes ni sus amados. Me decían que todo iba bien. Perdió un riñón y ganó la batalla. Me enseñó las cicatrices en la espalda. Fue una historia llena de silencios y omisiones para mantener a los nietos a salvo del pesar. Meses después, llena de dudas sobre lo que realmente había sucedido, las palabras que mi abuela usó para explicarme su enfermedad fueron «es horrible, mijita, pero pasa». Y eso creí que era el cáncer, algo horrible y pasajero, hasta que años después murió invadida. Hay cangrejos que hacen crecer nuevamente sus patas en caso de perderlas y de tan hambrientos se comen hasta el aliento de quienes los portan.

En mi adolescencia el cangrejo se movió lentamente y lo observé a mayor detalle antes de que de que regresara a su madriguera. Llegó al cuerpo de mi primo hermano en forma de cáncer testicular. Vi cómo perdió peso y pelo, lo vi languidecer en la cama, también lo vi rezar. Afortunadamente fue un cangrejo como el que pronosticó mi abuela: una cosa horrible que se fue. Que lo largaron, más bien, con nuevas formas para erradicarlo.

De pronto se detuvo frente a mí, muy cerca, lo escuché agitar las tenazas para llamar a su grupo. Tenía las pinzas abiertas. Llegó al cuerpo de mi hermano con

toda su agresividad. Me hirió. Sentí pánico. Con mis diez patas quise abrazar a mis sobrinos y a mi hermano. Recordé mi desconcierto de niña con Mamanena y la abuela, la falsa idea de que es mejor que los niños no se enteren. Sabía que lo mejor era hablar y no dejar que se escurriera el desasosiego entre los huecos del mutismo. Tomaría la palabra para contar y explicar, para crear en el papel otra posibilidad, una lejana al diagnóstico tan desalentador. No iba a ocultar los hechos a mis sobrinos, pero tampoco los iba a llenar del miedo que me carcomía.

*Enfermedad se escribe con C* se titula el primer cuento que escribí sobre cáncer. Entonces no sabía que le seguirían otros tres ni que la enfermedad se convertiría en parte central de mi escritura. La verdad es que antes de escribir el cuento sólo quería ir a la librería, encontrar un libro sobre el tema para niños, regalarlo a mis sobrinos y envolverlos con la protección que dan las historias y el amor. Pero como no encontré ningún ejemplar que contara lo que yo deseaba, no me quedó otra más que escribirlo. En el cuento la niña tiene Hodkings, como era el diagnóstico de mi hermano; el niño se llama Manolo como apodamos a mi sobrino que se llama Emmanuel. Pasan las muy duras, muchas cosas horribles, pero con amor de familia, constancia y medicina, la libran. Eso quería: que todos saliéramos más fortalecidos; una mínima certeza de papel para poder navegar ese mar embravecido. Hoy, ese libro es material de lectura sugerida en las primarias. Cuando visito escuelas y pido que alcen la mano aquellos que conocen a alguien con cáncer, el 95

% de los estudiantes la levanta. Explico que ese libro fue escrito para ellos.

Esta historia, la de mi hermano y el cuento, cambiaron mi vida: los matices de mi vida. Para mi fortuna, frente a la enfermedad siempre he estado del lado de los que cuidan. He sostenido las manos de cuerpos conectados a sustancias líquidas y coloridas. He escuchado y vivido sus historias desde el ángulo de quien acompaña. Ahí descubrí, en ese dolor, que las palabras amparan y ayudan a sanar. Esa experiencia me develó una parte más profunda de mi vocación: escribir para niños enfermos, para sus familias, para informar, prevenir y acompañar. Escribir y leer para sanar. No sería la escritora que soy, no sabría de la necesidad de hablarles a los niños de lo que es urgente sin es trago tan amargo.

Cuando supe que la leucemia es el cáncer más común en la infancia y la tercera causa de mortandad en el país a pesar del enorme éxito en el tratamiento ya que sólo uno de cada diez pequeños sale vencido, escribí *Los Luchadores*. Lo pensé en el contexto de la colección *Leer para Sanar* (ya decidida a hacer de la enfermedad el centro de mis narraciones para mayores de ocho años). La metáfora de la lucha libre es el mejor ring para explicar y ganar la pelea, un libro escrito sin dolor, con convicción.

Entonces ya leía yo en hospitales de manera cotidiana: armada con una maleta de libros, acarreaba historias a los chavos convalecientes en una cama. Me quedaba claro que no bastaba con escribir, había que llevar las historias a los lectores, o a los no lectores, que necesitaban

del abrazo que dan las palabras. De qué servía escribir si el material, en el mejor de los casos, iba a quedarse en librerías. La marea necesitaba llevarlos a ellos. Más que promover la lectura, mi tarea era de devolver la imaginación y la infancia a pequeños dolientes.

Una vez fui a la cama de una niña que pidió que le leyera *Enfermedad se escribe con C*. Me dijo que quería ser escritora. Le pedí que se aprendiera muy bien mi nombre y que me buscara cuando escribiera su primer libro para celebrarlo con ella. Sus ojos se agrandaron ante la idea. Es poco probable haya librado el cáncer de hígado. Las palabras le dieron vida esa mañana; el brillo de sus ojos a mí me dio propósito.

En un par de años, mi obra para niños empezó a ser referencia para lidiar con enfermedades. Tengo una fórmula para hablar de la brutalidad y con eso en mente escribí sobre los 16 temas más urgentes para la infancia Latinoamericana. Fue entonces cuando me buscó una amiga recién salida de una mastectomía bilateral. Renovada, decidió hacer del servicio el centro de una segunda oportunidad de vida. Me pidió que ideara algo para las niñas, pensaba en sus hijas, tendríamos que inculcar los hábitos de cuidado desde la infancia. Imaginé cómo decirles a los hijos qué es y cómo se trata el cáncer de mama. Medité en las niñas que un día tendrán que autoexplorarse, bañarse bien como dijera mi madre.

Escribí tres libros y no sólo uno. Lo hice desde la conciencia y el enorme deseo que el libro fuera una herramienta para la vida. Para hablar del cáncer de mama a las niñas, primero hay que mencionar la relación que



tenemos con nuestro cuerpo. Hace no mucho la autoexploración era un tema tabú y la examinación por un profesional era temida, lo que retrasaba el diagnóstico oportuno. Entonces, cáncer de mama era sinónimo de mortandad. Por eso, lo primero que pensé fue en establecer las bases para tener una relación armónica con el cuerpo. *Ese monstruo tiene mi cara* es el primer texto de la trilogía de salud mamaria y habla sobre lo difícil que es habitar los cambios del organismo, hacer las paces con nuestra imagen y lo que asumimos como canon de salud y belleza. Si nos palpamos los senos para compararlos y llenarlos de nuestros complejos y expectativas, no podremos tocarlos con la curiosidad y adueñamiento que merece la autoexploración. El día que sepamos que toda forma es perfecta y que el cuerpo merece mayor cuidado y amor, la vida será otra. Si hay algo que quisiera decirle a la niña que fui desde la adulta que soy es quiérete pronto, ama tu particularidad.

El segundo libro, el que da nombre a la trilogía, es *El brasier de mamá*. La niña, deseosa de convertirse en mujer, descubre que la madre padece cáncer de mama. Al centro de la narración está la solidaridad entre mujeres y la necesidad de aprender a autoexplorarse con toda la técnica que implica. Una práctica de salud preventiva, tan neutra y necesaria como el uso del hilo dental con enormes beneficios para mantener la dentadura completa al paso de los años, o en este caso lo senos sanos.

500 mil ejemplares se han distribuido mano a mano gracias a alianzas estratégicas con gobiernos y empresas. Se acompañan de la lectura del libro, charlas con niñas

y mujeres y una pequeña práctica de auto exploración. Durante tres años, dos veces al mes, visité colegios para dialogar con alumnas y sus madres, para quitar la niebla en torno al cuerpo, para llamar a los senos: chichis, nenas, naranjas, pecosas, papas, gemelas, bubis y de las maneras más divertidas con el afán de nombrarlas y establecer una relación con ellas. En cada visita admiraba cada vez más a los maestros rurales, al enorme esfuerzo de educación; me sorprendía la ignorancia que nos habita en torno al lugar donde sucede la vida: nuestro cuerpo. ¿Cómo cuidarlo si no sabemos nombrarlo, tocarlo, averiguarlo?

No deja de asombrarme cómo un pequeño volumen se ha abierto un camino tan amplio. Se mueve sospechosamente, hacia los lados y rápidamente, sus cinco pares patas lo han llevado lejos, a otros mares. La particularidad de estas historias no es sólo que tocan un tema importantísimo, sino que son pioneras en el mundo. El cáncer de mama es un tema pertinente para todas las edades, géneros y preferencias. Ya sea como paciente o acompañante, nadie estamos exentos. Señalarlo como problema de un seno que no pertenece a nadie o de mujeres adultas exclusivamente abrió la puerta para que estas historias fueran tan bien recibidas.

El tercer libro, quizá mi favorito, se titula *Las tres reglas que cambiaron todo*. Es el relato de la autodeterminación de una mujer que hace de su caso una campaña de familia donde cada cual crece bajo el rigor que impone una experiencia de esta naturaleza.

Además de que no se había escrito para niñas sobre cáncer de mama, el éxito de los cuentos se debe en gran medida a Edgar Clement, un talentosísimo ilustrador que excepcionalmente hace obra para las infancias.

Cuando escribí los cuentos de salud mamaria y visité tantísimas escuelas, mi madre no había sido diagnosticada con carcinoma de pecho. En la ligereza y ánimo de las narraciones no está el enorme pesar que han sido 11 años de lucha contra el cáncer, dolorosos, luminosos y agotadores. La última vez que fui a una escuela me acompañó ella, con el pelo muy cortito y su paso lento. No pude mirarla mientras jugaba con las niñas a nombrar las tetas, pechugas, chicharrones y chícharas porque se me atoraban las ganas de llorar. Ese día *El brasier de mamá* fue el brasier de MI mamá y el cuento que escribí para otros fue para mí.

A más de 13 años de escribir y leer historias sobre la enfermedad, puedo decir que conozco cangrejos, varios tipos de cáncer y cangrejas. En todos los casos sé que las palabras son el mejor lugar para mirar, comprender, atravesar, acompañar y vencer al animal. Son las historias las que nos permiten recobrar nuestro ser narrativo para ser más que biología herida; son las historias las que nos separan de la vigilia y nos devuelven el sueño que repara; son las historias las que nos permiten imaginar maneras de sanar. En estos días que nos sumamos a la lucha de muchas mujeres contra el cáncer de mama, una batalla acompañada por un ejército de amistades, amores y profesionales, nos invito a que regalemos una historia a

quien lo necesite. Seamos portadores de las palabras que llevan la fuerza para sanar.



VII

## La experiencia del amor

*Jenny Asse*



*Si no soy para mí mismo, ¿quién es  
para mí? Y cuando sólo soy para mí mismo,  
¿quién soy? y si no es ahora, ¿cuándo?*

Pirkey Avot, *La Ética de los padres, el Sabio Hilel.*

SOY POETA. EN LA TRADICIÓN JUDÍA DE LA QUE PROVENGO, la palabra ha significado el espíritu del esplendor, y mi relación con lo sagrado. La palabra siempre es salvadora y sanadora, ahí he encontrado el espíritu de lo divino tanto como mi relación con el mundo y con los otros. La escritura es una forma de estar en el universo, el lenguaje un laboratorio, a través del cual nos es dado

comprender más allá los múltiples significados que se abren ante nosotros.

He tenido la oportunidad de estudiar pensamiento y filosofía judía: Ética de los sabios del Talmud, la filosofía de ética, la Biblia como texto primordial en cuya sabiduría he encontrado las bases para una comprensión profunda de la vida y de cómo enfrentar, comprender, y dialogar no sólo con lo textos sagrados sino con todo lo que me sucede, incluyendo el Diálogo con el Dios, que es parte fundamental de mi diario crecimiento espiritual, y de las posibilidades de una comunicación abierta con el Creador. Ahí es donde encuentro consuelo ante las pérdidas, alegría en el perdón, y ese Silencio primordial, *sheket*, en el que también está la calma de saber que un Yo mayúsculo, conoce nuestras verdades, escucha nuestras plegarias, y nos contesta; sí, a través del silencio mismo, y de la escritura que nos es dada para plasmar, para encontrarnos y reencontrarnos. Lo encontramos en las voces y los rostros de nuestros amigos, de nuestros hermanos, en la Ciencia de los médicos, que no es más que la Ciencia Adámica, Adam, leído al revés nos quedé *Madá*, que en hebreo significa Ciencia.

Mi segunda lengua es el hebreo, idioma al que agradezco, tanto como al español, todos mis descubrimientos lingüísticos. Para mí el hebrero y el español, son lenguas sagradas; es en estos lenguajes que son hibridez primordial, donde instalo mi ser para comprender los eventos que me suceden los buenos y los no tan buenos, las experiencias luz y las experiencias donde atravesamos los abismos, o el desierto, lugar esencial del vacío pero

también de la palabra revelada, de la palabra del fondo, donde la inmensidad se yergue para abrazarnos.

Pero esos abismos, esos valles nunca los atravesamos solos, los hermanos, los amigos, la familia, son aquellos ángeles que nos acompañan en la travesía de la enfermedad con la que de pronto te encuentras. Así por ejemplo la palabra «hermana» adquiere otras dimensiones, mismas que convierten, por ejemplo, a la experiencia del cáncer de mama en la experiencia del agradecimiento y el amor, y si de dimensiones de la palabra seguimos hablando, la palabra hermano, amigo(a), la palabra maestro o Rabí, la palabra médico, también se expanden, crecen, dentro y fuera, en la presencia, y en el despertar de nuestras conciencias a toda una gama de expresiones que pasan a ser personajes de una trama histórica, del entramado de nuestras propias vidas.

Paradójicamente la enfermedad permite que, así como crecen el miedo, la incertidumbre, la sumisión a los tratamientos, y a los médicos, crezcan también el significado y el significante de todos ellos. Por eso puedo decir en esta oportunidad que mi experiencia con el cáncer de mama fue la experiencia del amor y de la memoria de los bienes espirituales, sociales, por qué no decirlo, materiales en el sentido de la posibilidad de acceder a los más avanzados tratamientos médicos que existen.

Rememorar aquel tiempo un año después de la muerte de mi amado padre, cuando descubrí el tumor. Traumático sí, miedo sí, pero después de ello, la aparición de cada uno de los personajes que acompañarían este proceso de dolor para transformarlo en un proceso

de bendiciones infinitas que a veces no hay como agradecer. Mi hermana pasaba por mí todos los días para ir a cada una de las quimioterapias con amor materno al igual que mi madre, q.e.p.d., con temor sí, pero con la fe de que todo estaría bien. Varias cosas vienen a mi memoria alrededor de la experiencia en cuánto mis amigos, a mi hermana, que con su belleza embalsamaba mi alma y me hacía saber que todo estaría perfecto, representaba y lo hace hasta hoy, el amor de la presencia pura sin condiciones, con firmeza, y la vez con una gran inteligencia, y fortaleza sensible, eso que en hebreo llaman *Jojmat Leb*, la inteligencia del corazón. Así también mi hermano quien, después de haber fallecido mi amado padre, de muchas maneras esenciales tomó su lugar.

El primer domingo después del tratamiento recuerdo una comida. Todos me rodeaban con tanto amor, que yo comencé a decir en voz alta durante todo el tratamiento: «cuento mis bendiciones», y en realidad pegaba las yemas de los dedos, una contra otro y no dejaba de contar bendiciones. Me daba cuenta de tantas muestras de amor; era como si los hubiera convocado a todos a través de esta experiencia para que me rodearan en un círculo invencible de luz y bendición.

La palabra amistad también creció poderosamente, es curioso y precioso a la vez, sentir cómo las relaciones tanto familiares como amistosas se potencian cuando enfrenta esta enfermedad o cualquier otra. Uno a uno, mis amigos fueron presentándose para darme apoyo, palabras de aliento, para dialogar conmigo sobre lo que me sucedía. Recuerdo como hoy un memorable café con



una pareja de ellos, muy cercana, a quienes al comentarles que en verdad yo tenía miedo de morir la respuesta de ella fue: «Bueno quizá ella esté satisfecha con su vida y con lo que ha logrado hasta ahora», a lo que él replicó a ella, y sobre todo a mí: «Eso no te lo acepto, tienes que elegir la vida, sólo la vida», y eso hice, de alguna forma los dos tenían razón, y agradezco sus enseñanzas: vivir todos los días con tanta plenitud como si uno estuviese dispuesto ya a irse de este mundo con tranquilidad y satisfacción en el alma, y por otro lado la elección de la vida, *jaiim* en hebreo, como prioridad, porque como dicen nuestros sabios es sólo en este mundo donde se puede accionar y cumplir con la voluntad del Creador, los propios deseos creativos y humanos, y la voluntad ética de aprender a dar a recibir y a mejorar este mundo con nuestras verdades.

Vivir significa así, no sólo la posibilidad que tenemos de traer divinidad a este mundo y enraizarla en él, sino la posibilidad de desarrollarnos creativamente, intelectual, espiritualmente y llevar todas nuestras potencialidades al acto, para poder realmente hacer un cambio significativo en el mundo, eso que los cabalistas llaman *tikún olam*.

La palabra amiga crece tanto que de pronto nos damos cuenta de que hay compañeras de almas. Una especie de almas gemelas de la amistad, una red del tejido divino que nos coloca desde pequeños junto con ciertas personas que se convertirán a lo largo del tiempo en nuestros espejos, coronas de nuestros espíritus, para las que nunca el agradecimiento en palabra es suficiente.

Sus acciones de acompañamiento durante los tratamientos y a lo largo de la vida en las cimas y en los valles, en los cuencos y en las montañas que nos es dado escalar, rebasan todo lo que uno puede esperar. Para ellas el pago es tan inmenso que ni siquiera lo podemos dar nosotros, la correspondencia en esa forma de entrega se hace casi imposible pues uno siempre queda en deudas de amor. Estas personitas hermosas son ángeles que te prestan sus almas para que te apoyes en ellas, y te regalan vida nada más con su presencia constante en cada uno y uno de los tratamientos. La palabra sonrisa entonces se renueva, se abre luminosa para estar contigo e iluminarte, y entonces, así como una palabra jala a otra palabra, una virtud jala a la otra y la belleza crece, crece inmensamente convirtiendo la sala del hospital en un espacio donde las virtudes de la verdad, la belleza y el amor adornan el espacio y lo transforman en un lugar de luz. Y luego de pronto la palabra café y fruta, pastel, adquieren también otros sentidos, porque estas hermanas del alma no dudan ni una vez en traerte al cubículo número ocho del hospital, tus alimentos preferidos, y ahí están, las jícamas, los *frappuccinos*, mezclados con la visión de los ojos verde mar inmensos en su fe y en su alegría, en su amor. La enorme capacidad de *hesed*, misericordia o actos de bondad, de estas almas piadosas, su capacidad de hacer el bien y acompañar a personas en tiempos de crisis, me siguen sorprendiendo hasta el día de hoy. No sabría en verdad como pagar tanto amor ni como agradecerlo salvo con una medalla de honor, del primer lugar de las olimpiadas, porque la amiga, la hermana,

el hermano, son quienes nos ayudan a ganar esta carrera contra la enfermedad y la posibilidad de morir. No se me olvide decir que la palabra hermano, hermano de sangre y de vientre, se ensancha también hasta sus límites más preciados, cuando en realidad es ilimitado el cariño que se puede dar a través de los cuidados que tiene que ver con todo lo material, los seguros médicos y la provisión, el sustento y la tranquilidad que da saber que hay alguien, bendito sea él y bendito sea Dios que se está ocupando de lo que tú no podrías hacer de ninguna manera por tus propios medios.

Otro de los elementos esenciales en los tratamientos es la fe completa en el Creador, como un Padre misericordioso. Recuerdo a uno de mis médicos más importantes que cuando bajaba a supervisar el tratamiento miraba hacia la ventana, hacia el cielo, no me miraba mí, y yo pensaba, haciendo una correlación entre el médico terrenal y el Médico Celestial, así como a este doctor le duele ver lo que me están inyectando, así como se conmueve de este sufrimiento, así, Dios mismo se apiada y compadece de mí, del dolor humano y de todas sus creaturas; y así como los médicos de este mundo, con conocimiento, responsabilidad, y calidad humana inigualable, son maravillosos, así el Médico Celestial está pendiente de mí y de todos los que atraviesan situaciones de enfermedad. La palabra Dios crece tanto y tanto más como si esto fuera ya posible. Él se convierte en Amigo, en Padre, en Madre, en Médico protector de todas las creaturas del mundo y esta certeza nos permite atravesar cualquier cosa con dignidad y agradecimiento constante.

En mi primera quimio en México me pusieron un catéter con anestesia, recuerdo antes de comenzar el procedimiento, haberme enredado alrededor de la cabeza y la frente una cinta imaginaria que decía en hebreo: *emuna shlema*, fe y confianza total en Dios. Desperté de la anestesia riéndome mucho, augurio de la alegría y la dicha que alcanzaría como una sobreviviente de la enfermedad.

Algo más que les quiero contar es sobre la importancia del trabajo mientras se pueda, antes, durante y después de los tratamientos. Tengo la fortuna de ser la coordinadora de cultura de las Cafebrerías El Péndulo desde el 2002 a la fecha. Sostener y mantener el trabajo nos permite no sólo distraernos sino darnos cuenta de nuestras capacidades de resiliencia. A veces las circunstancias más difíciles son las que sacan lo mejor de nosotros mismos, y lo mejor de nosotros mismos la mayoría de las veces se manifiesta en nuestro trabajo, en hacer lo que amamos, lo que elegimos como forma de vida, seguir nutriendo con nuestra creatividad y nuestro quehacer las casas y los espacios donde laboramos. Otra de las grandes ventajas del trabajo es saber que cuentas de forma incondicional con tu equipo de trabajo que en mi caso afortunadamente se han sido a lo largo de los años un grupo de apoyo, una red de amigos incondicionales, que están ahí para protegerte, para cuidarte, para apoyarte y que confían en ti plenamente, de tal manera que puedas seguir ejerciéndote como persona útil para la sociedad. Esto resulta ser tan importante que la palabra trabajo normalmente se convierte una de las redes más

importantes de compañerismo amor y cuidado. El agradecimiento y el amor a mis amigos del El Péndulo, tanto como a la comunidad de maestros y alumnos que hemos creado juntos y a la que pertenezco es invaluable. Y aquí me viene a la mente la palabra Jefe, otra palabra que crece con sabiduría y responsabilidad constante por el otro, ese *Jefe*, que es también el eje alrededor del cual se tejen los proyectos; el que está compuesto por la palabra fe, el que con su actitud da muestra de lo que en hebreo se dice *ajrayut*, responsabilidad, palabra que contiene otra palabra *ajer*, el otro. A ese jefe que es también amigo, en quien la virtud de la confianza toma cuerpo, a él que en su responsabilidad constante hacia mí y por los demás muestra su amor por ese otro que se le presenta. No tengo nada que decir más que pedir a Dios que bendiga su presencia y agradecerle que me haya colocado cerca de él. No hay casualidades, es El Eterno quien teje los encuentros con Maestría Suprema.

De pronto la palabra ojos y lágrimas también se hacen presentes, aún me miran a través del tiempo y la memoria: esos ojos que se llenaron de lágrimas al enterarse de mi diagnóstico. Y luego la música y la guitarra, mi compañero de trabajo frente a frente, los ojos pasto, los foros y los tejedores de la luz. Las quimios eran los jueves, viernes sábado y domingo descansaba; lunes, martes y miércoles seguía yendo a trabajar a esa casa de todos que es oasis en la urbanidad.

Los efectos de las primeras quimioterapias causaron una extraña alegría en mi cerebro, una especie de euforia, sabemos que las sustancias que nos inyectan provocan

cambios químicos y neurológicos. En este caso siempre es necesario contar con el apoyo de un psiquiatra que te ayude a equilibrar los cambios químicos en el cerebro, en los neurotransmisores, para poner en homeostasis los fluidos de la mente, ya que todos los caminos neurales se ven afectados por los químicos y las sustancias para hacer achicar los tumores. Además, los estados de ánimo cambian constantemente debido al dolor, al stress, y a las distintas situaciones por las que estamos atravesando al padecer la enfermedad. Porque la vida sigue su curso y cada paciente es distinto en su circunstancia vital y en sus entornos en los que deberá enfrentar los retos que se le presentan con valentía y su vez con compasión profunda hacia sí mismo y hacia los que le rodean. Por cierto, la paciencia es otros de los elementos fundamentales para poder tener una travesía más sencilla. En hebreo la palabra paciencia se dice *sablanut*, que incluye en ella la palabra *sebel*, sufrimiento o dolor. Así aprendemos que la paciencia que nos tengamos a nosotros mismos, a los médicos, junto con la paciencia que nos tienen nuestros seres amados son básicos para poder salir triunfantes de la enfermedad.

El sentido del humor fue un gran ingrediente para poder sobrellevar todo ese año, acaso nos enseña a vivir siempre, humor aprehendido de mi padre que alimentaba con risas los momentos más dramáticos, tanto que el mismo Freud nos hubiera dado un aplauso por practicar *El chiste y su relación con el inconsciente*, en la vida cotidiana. Otras reflexiones alrededor del Cáncer han venido a mi mente: la genética, la espiritualidad, el tumor,

como una forma de pérdida de la luz en las partes del cuerpo afectadas.

Para mí el hebreo ha sido siempre una fuente de conocimiento indecible, de tal manera que puedo lograr hacer combinaciones de significado en una sola palabra, por ejemplo en hebreo la palabra *tumor*, es lo mismo que *mut or*, muerte o pérdida de luz, ese descubrimiento lingüístico, me hizo llegar a esa conclusión y a su evidente desarrollo: algo de luz divina o espiritual muere en las partes del cuerpo de las personas afectadas por la enfermedad pero ahí mismo está la solución, llenarnos de luz, sanar nuestros canales espirituales, la yoga, la meditación, las visualizaciones, son entonces una forma magnífica de irnos curando y de mantenernos sanos permanentemente. Muy útil en ese sentido es conocer los chakras, y/o el modelo del Árbol de la Vida presentado por la Cábala judía.

El asunto de la genética no deja de ser esencial en la comprensión de la enfermedad, de parte de mi familia materna, varias de mis primas padecieron cáncer de seno. Las investigaciones en ese sentido son muy avanzadas, pero pienso que no siempre la genética es determinante en el padecimiento. Otra cosa que me gustaría mencionar es el tabú en el nombramiento de la enfermedad, por un lado, muchas veces la persona se puede sentir culpable de su enfermedad, como si ésta fuera un castigo divino, un gran maestro espiritual me había dicho a ese respecto: «lo que te pasa no es un castigo divino, es una prueba de amor», su respuesta sabia me tranquilizó, aunque también me haya dicho con palabras fuertes

que hasta ahora entiendo bien: «pasarás por un proceso de muerte y renacimiento». Sabía que no moriría realmente, los doctores me lo habían dicho, a ¿qué tipo de muerte se refería entonces este sabio?

Al parecer pasar por la enfermedad y sobrevivir, es equivalente a un rito de iniciación, en el que al decir de Joseph Campbell uno pasa por un proceso de alejamiento de la sociedad, iniciación, y retorno. La iniciación es el tratamiento mismo, pero a su vez después de éste uno accede a una condición distinta, a una muerte simbólica del ser que éramos, para renacer otros, más precisos, más conectados con la vida, habiéndonos quitado las viejas capas que cubrían nuestro cuerpo y nuestras almas, los malos hábitos, los pensamientos negativos, las emociones inservibles, así capa por capa, a través de los tratamientos, por más dolorosos que sean a nivel emocional y físico, nos vamos desvistiendo de los velos inservibles de la personalidad en todos los sentidos, y renacemos al fin, más cerca de nuestras esencias, más cerca de nosotros mismos, de los seres que amamos, y de los que al ir conociendo amamos más, porque somos más empáticos con el dolor humano, con el dolor femenino, en la connotación que tiene ésta enfermedad en las mujeres, pero también con el dolor de cualquier ser humano que tengamos frente a nosotros.

El cáncer, según su grado y gravedad, puede ir disminuyendo a las personas físicamente, pero no espiritualmente, a menos que la persona fallezca, y aun así, en ese caso, siempre existe la esperanza de que el alma regrese a su origen divino y celestial. Pero no estamos



aquí para hablar de la muerte sino de la vida, de esa celebración del instante que llamamos vida, y por el cual pienso debemos de agradecer y bendecir siempre. Otro de los elementos muy importantes en estos procesos por lo menos entre las comunidades judías, (pero estoy segura de que en todos los creyentes también), son las plegarias que los otros hacen para que el enfermo recupere su salud física y emocional.

Se suelen hacer cadenas de *Tehilims*, Salmos, que se rezan en hebreo o en español, pidiendo por la salud completa de la persona afectada; el enfermo las más de las veces no se entera ni siquiera de quien está ocupándose de orar a Dios por su salud, pero funciona. Así uno queda también protegido por la palabra beatífica del otro, una aureola espiritual de vocablos encendidos de luz protege al enfermo, tanto como la oración que uno hace por sí mismo.

En el judaísmo rezamos diariamente pensando en que El Creador es *Rofhe jolim u matir asurim*, Dios es el Gran Médico de los enfermos, y el que libera a los encarcelados, los médicos en este mundo son sus *shlijims*, sus enviados, ósea canales de sanación que beben de la Ciencia de la Luz Divina para curar, creemos fervientemente en los médicos y la necesidad de los tratamientos, porque la vida es siempre, obviamente, el valor primordial.

El concepto judío de *Pikuaj nefesh* hace su aparición aquí, cualquier mandamiento bíblico puede ser transgredido si es para salvar una vida. Y otra idea fundamental: *el que salva una vida salva un mundo*. Así todos los doctores, la familia, los amigos, el trabajo, se convierten

en salvadores de vidas, de almas y de mundos enteros. Cuán grande es el pago y la bendición por tanto para todos aquellos que acompañaron y nos ayudaron a sanar, así de grande es también la necesidad del sobreviviente, de convertirse en sanador de otros, acompañarlo, darle palabras de aliento, hacerle saber que el amor y la fe completa puede ser una herramienta tan poderosa como la Ciencia.

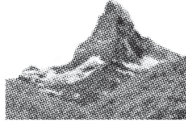
Algo que me hubiera gustado hacer y no hice desafortunadamente, es estar en terapia durante y después de los tratamientos, el trauma de la mastectomía debe elaborarse puntualmente, y es una gran herramienta para pasar por el duelo que implica despedirnos de una parte de nuestro cuerpo, las cicatrices quedan en la piel, en la carne, y en el alma, pero las cicatrices son también las huellas del milagro. Recorrerlas, con la mente, la palabra, y la acción sanadora nos permiten saber que ellas son un camino por el que transitó nuestro cuerpo y nuestra alma, un camino con rutas extrañas, que nos hace distintas, trazos en la piel que son testigos de que anduvimos bordeando la posibilidad de irnos de este mundo, pero en ese litigio, en esa batalla contra el abismo, salimos triunfantes. Trazos en la arena dorada, bordes del sin mundo, el cuerpo es el límite de las sombras, el cuerpo se vincula siempre con el nacimiento y con nuestras madres, benditas sean ellas, el Seno materno, el Seno amoroso, del que nos alimentamos, leche blanca, en el borde de los labios, que es de pronto, inexplicablemente, ese mismo seno que en nosotras puede enfermar, leche negra entonces, leche negra que

nos envenena para sanarnos; recuerdo entonces al poeta Paul Celán, pero revivo todos los pechos blancos que me alimentaron con su luz, con el calostro bendito de la palabra, con la presencia, y el rostro lleno de misericordia. Y El Seno de Dios que desde su Entraña divina, me cuidó y sanó amorosamente.

Cuando terminé mi tratamiento mis hermanos y mi mamá me regalaron un coche, éste venía desde San Luis Potosí, sus placas son *Yad*, que en hebreo significa mano, y leído al revés significa *Day*. Basta, no hay coincidencias, en ese momento confirmé que la Mano de Dios estuvo sosteniéndome siempre, que la mano de mis hermanos, familia y amigos estuvo y estaría siempre ahí, y que al fin el tratamiento había terminado.

Mística de la palabra, sé que la escritura también sirve para sanar, que la lectura sirve también para hacerlo, que el ejercicio constante del amor es también parte del milagro. Aplaudo a todos los sobrevivientes de esta enfermedad con un canto de esperanza. Y lamento la partida de quienes tuvieron que irse en su momento hacia otra dimensión. Ahora que estoy a punto de terminar este ensayo me doy cuenta que la palabra *Day* en inglés también significa Día, quizá sea el mensaje de que lo que importa ahora es gozar día a día, *day by day* con amor y agradecimiento la vida. Cada instante, porque como bien lo comentó mi maestro el Rabí, cada minuto de vida es una *mitzvá*, un precepto positivo, para cumplir, porque cada hora de vida, cada minuto, cada segundo de vida es una posibilidad de servir al otro, de aprender del otro, de dar al otro en la paciencia infinita

del Saber. Cada segundo de vida es también una posibilidad de abrazarnos, completarnos, de aprender uno del otro, de crear, de abrazar al Ser interno/externo, de agradecer y de servir a nuestro Creador.



VIII

## Siempre hay una montaña

*Adriana Malvido*

---

*Saber lo que significa tocar el cielo con las manos, aprender a escuchar el silencio, a probar el aire, a mirar el mundo desde las cimas más altas y a descubrir grandezas y miserias del ser humano en situaciones límite. Todo eso enseña la montaña. Que es metáfora de la vida.*

HÉCTOR PONCE DE LEÓN, EL PRIMER MEXICANO QUE logró conquistar el Everest en tres ocasiones y que ha tocado la cumbre de las montañas más altas del mundo es, además, camarógrafo profesional de alturas para Discovery Channel, National Geographic y la CBC de Canadá. Como tal, lo contrataron para filmar el ascenso de un grupo de canadienses al Kilimanjaro entre quienes

iban diez mujeres sobrevivientes de cáncer de mama. La convivencia tocó su fibra más sensible, la que tiene que ver con el valor de la supervivencia. Impactado, regresó a México con la idea de realizar la experiencia con mexicanas y acudió a la Fundación CIMAB que, sin dudarlo, apoyó y financió su proyecto.

Héctor entrenó a siete mujeres que vencieron al cáncer de mama. Que pasaron por el golpe del diagnóstico, la caída del pelo por el tratamiento y la transformación de su pecho en planicie. Mujeres entre los 30 y los 51 años ascendieron en tres meses: el Nevado de Toluca, La Malinche, el Iztaccíhuatl y, finalmente, los 5 mil 600 metros del Pico de Orizaba, la montaña más alta de México y de Latinoamérica, en octubre de 2009. Tocar esa cumbre «era el verdadero fin del tratamiento».

A la expedición se sumaron un hijo, un esposo, una amiga, una investigadora. Cuando narran su ascenso en el documental *Un paso, una cumbre* hacen más énfasis en la supervivencia que en la enfermedad, en el afán de vivir y en el esfuerzo colectivo y personal expresado por una de las participantes: «Voy a llegar por mí, por ellos y por todas las demás».

En *El tiempo vuela*, monólogo teatral autobiográfico de Paul Linke, interpretado hace tiempo por Ernesto Laguardia, se muestra la experiencia del hombre como pareja, su propio dolor, la valoración de la vida. *Un paso, una cumbre* también nació de la solidaridad masculina. Y eso es tan alentador como la reciente irrupción de sopranos y tenores que desde los balcones cantaban a los médicos en plena pandemia del coronavirus.

Conquistadas las montañas más difíciles, en 2009 Héctor Ponce de León ya había entrenado a un grupo de ciegos a quienes guió, junto con Erik Weinhenmayer —el primer invidente en hacer cima del Everest— hacia lo más alto del Iztaccíhuatl. Descubrió el poder de la montaña en la vida de la gente. Y un nuevo sentido en la suya: los ascensos con causa. Así, se siguió con las mujeres sobrevivientes del cáncer de mama. Después, se llevó a un grupo de soldados canadienses, que sobrevivieron la guerra de Afganistán, con amputaciones del cuerpo y el alma, a la cima del Kilimanjaro. Sensibilizado con el cáncer de mama, en 2012 emprendió otro proyecto con la Fundación ALMA, que proporciona reconstrucción mamaria y acompañamiento psicológico durante el proceso a mujeres de escasos recursos que han sufrido una mastectomía. Así que entrenó a un grupo de sobrevivientes y escaló con ellas los 5 mil 895 metros de la montaña más alta en África.

Porque sobrevivir, me dijo en una entrevista, no es suficiente. Lo sabe bien, por las situaciones límite que ha vivido en la montaña: «Ves el final a los ojos, y sales adelante, pero requieres de esfuerzo, de ayuda, para recuperar la autoestima, el espíritu de lucha, las agallas para volverte a arriesgar y trazar un futuro. Porque algo de ti se queda en el camino; las mujeres dejan los senos y mucho más en el tratamiento y necesitan apoyo físico y emocional para recobrar el entusiasmo por la vida».

Se me grabaron sus palabras: «Por la vida no se puede ir haciendo lo mínimo indispensable para subsistir».

Desde entonces he recordado a todos aquellos grandes afectos míos que, sin viajar a África, al Iztaccíhuatl o al Pico de Orizaba, han hecho de la vida con cáncer un ascenso a su propia montaña, real o imaginaria. Y todas y todos se han convertido en mis maestros alpinistas de alguna manera.

Mi padre tuvo cáncer de colon. Con él aprendí, junto con mi madre y mis hermanos, a pronunciar la palabra «quimio» por primera vez, a acompañar «el cansancio» y a entender el amor a la vida cuando caminas cada día hacia la cumbre sin saber si podrás terminar el trayecto. Le gustaba jugar boliche y nunca falló un martes a su cita. Cuando yo escribía mi nota para *La Jornada*, donde trabajaba entonces, aparecía en mi estudio sin avisar, me tomaba de la mano y «vámonos al museo», ordenaba, y nos íbamos a ver una exposición. Sus favoritos eran el Museo Nacional de Antropología y el Franz Mayer. Igual tomaba su coche un día y se lanzaba a Teotihuacán o a Cantona, aunque estuvieran lejos; cada respiración tenía sentido. Le gustaba nadar, atravesaba la alberca una y otra vez, y aunque parecía que se hundía porque sus brazadas iban como en cámara lenta, salía contento del agua con todo y las uñas pintadas de verde por el cloro. Eran huellas de su lucha y de su esfuerzo, una manera de no rendirse.

Mi amiga Maricruz le dio un giro a su vida con el cáncer y durante las quimios decidió dedicarse por completo a la pintura, que es lo que más le ha gustado siempre. También se leyó toda la obra de Santa Teresa de Ávila y con pinceles y colores, al óleo o al acrílico,



pintó sus propias «Moradas», las visitó una por una hasta encontrar lo que buscaba en lo profundo y así plasmó su propio «Castillo Interior». Es decir, hizo del arte y la meditación su propia montaña para ver al mundo entero desde la cima espiritual. Y ha visto lo que pocos perciben con los ojos.

Cuando la dieron de alta, inició sus visitas una vez a la semana al anexo para la recuperación de adicciones del Reclusorio Norte de la ciudad de México. Ahí practicaba meditación con los internos. Pequeña de altura, gigante por dentro, la vi rodeada de 40 hombres privados de la libertad, ávidos de escuchar a los poetas místicos, a Santa Teresa y a San Juan de la Cruz, a *Las Moradas* y al *Cántico Espiritual*, que semana a semana les leía Maricruz.

En el silencio, los internos son libres, cierran los ojos, se ponen alas y se van. Me pregunto a dónde se dirigen desde esa burbuja donde ya no hay barrotes, quizá los espera el mar, un par de brazos amorosos, un desierto, un bosque, pero lo que buscan es llegar al fondo de su habitación interna más profunda, donde recuerdan lo que verdaderamente son: personas.

Vero tuvo cáncer de mama y en cuanto se sintió bien decidió cumplir su sueño: hacer el Camino de Santiago. La recuerdo en el aeropuerto de la ciudad de México donde me la encontré cuando estaba a punto de abordar su vuelo a Madrid. Ya llevaba sus botas puestas, lista para caminar desde O' Cebreiro hasta Santiago de Compostela en Galicia, con una mochila a sus espaldas, cargada de esperanza y gratitud por la vida. Cuando el cáncer volvió y los recursos se acabaron, todos sus amigos

y familiares participamos en una campaña de recolección de fondos y creo que fuimos los que más aprendimos del proceso. También se organizó una carrera en los Viveros de Coyoacán. Ella caminó, algunos corrieron, pero íbamos de la mano. Así nos enseñó que darle tiempo a un ser querido es una forma de la felicidad que nos alivia a todos. Vero se convirtió en cuerda y en arnés y ascendimos a ver con ella el sol, las nubes y las estrellas desde su propia montaña. Nos llevó a escalarla para descubrir de lo que somos capaces juntos.

Magui, Ana María, Charo...también han sido mis guías. Con ellas he visto cordilleras inimaginables, he ascendido a glaciares que pensé imposibles de alcanzar. Y hace poco, mi querida «compa» Mariluz, recientemente diagnosticada, me dijo desde *FaceTime*, con su precioso rostro envuelto en una mascarada y una sonrisa espectacular, que el cáncer le ha enseñado a ver con una claridad inédita toda su vida: las prioridades, lo que le falta, lo que le sobra, lo que realmente importa.

Estas historias me dicen que hay gente con cáncer que aprende a ver la vida con la claridad de quienes hacen alpinismo y miran al mundo desde la cima.

Recuerdo a mi amigo Andrés Delgado. Él se había perdido en el Everest, poco antes de llegar a la cumbre, durante la llamada «tormenta del siglo» y sobrevivió porque su compañero más cercano, Héctor Ponce de León, se lanzó a rescatarlo corriendo todos los riesgos. Después de un año de rehabilitación física y emocional, Andrés volvió a intentarlo y el 23 de mayo de 1997 tocó cumbre en el Everest. Y recordaba la frase de Héctor,

quien diez días después de salvarle la vida lo había logrado: «Disfruta los últimos 20 metros, porque entonces ya sabes que tienes la cima segura, que nada ni nadie te la va a impedir. No sabes si vas a bajar, pero esos últimos metros son lo más bello del mundo».

A las 9.30 am hora local, se transmitía por Internet desde el campamento base hasta México: «¡Andrés alcanzó la cumbre!»

¿Por qué regresó? Me explicó: «Durante la larga recuperación soñé y luché por volver. En el Everest dejé parte de mí, 36 horas de identidad perdida que se convirtieron en montaña, que dejé de ser yo. Me volví parte del Everest y quería regresar y pararme en la cumbre de esa montaña».

Su reflexión: «Sobrevivir me ha enseñado que hay formas de vivir en las que uno ya se encuentra muerto de antemano. Hace falta despertar, inconformarse un poco con los roles tradicionales y dogmáticos de vida y atreverse a intentar».

Pero una experiencia como aquella también le enseñó que «no es necesario ir hasta los 8 mil metros, pelearse con tormentas de nieve y escaparse de las garras de la muerte, para percatarse del valor de la vida».

Andrés me contó que una noche, durante un concierto en la sala Nezahualcóyotl, «por instantes volví a vivir esa apertura del alma que siento en momentos críticos en la montaña, volví a sufrir con el miedo y a gozar con la belleza cautivadora de la naturaleza, reviví el K2... y no sólo el K2, reviví esa sensación de plenitud que me ha llevado tantas veces a explorar. Me volví a

asombrar viendo a los músicos y al coro hacer música con tal fervor que parecían llevar a cabo un acto sagrado. Y me dieron ganas de llorar y me pregunté ¿qué es para ti lo sagrado?, y creo que es saberme capaz de seguir luchando, de no flaquear, de levantarme del hoyo más profundo y de seguir atreviéndome a indagar cómo hacer algo único y mejor a lo establecido».

Y es que, decía, «hay que hacer las cosas con pasión, no se puede ir por la vida sin ser un apasionado».

Todo lo aquí narrado parece rebelarse contra el sentido común. Tocar la vida desde el extremo y hacer y sentir todo lo contrario a lo esperado es lo que permite a las personas hacer cosas excepcionales, así sea desde una silla de ruedas como Stephen Hawking, quien nos contó la historia del tiempo. Dicen que siempre reía. Yo sospecho que lo hacía, sobre todo, de nuestra pequeñez. Y por el «triumfo» de estar vivos. «No mires a tus pies, mira las estrellas», decía.

Recuerdo otros guías que me he encontrado en el camino y que me han ayudado a escalar de su mano montañas «imposibles». Hace muchos años, en el Museo de Arte Moderno de la Ciudad de México, acompañé a un grupo de jóvenes ciegos a recorrer la exposición del escultor británico Henry Moore. Se subían encima de las piezas, las acariciaban, las comentaban, se reían del *Chac Mool* de bronce. Las inmensas obras nunca fueron «vistas» con tanta claridad como ese día cuando las manos de las jovencitas y sus compañeros se hacían ojos para sentirlas, adivinarlas y dialogar con ellas.

En otra ocasión, entrevisté a un grupo de fotógrafos invidentes. Los tres entendieron el significado de la luz a partir de la ceguera. Aprendieron a ver con los oídos y con la piel y a proyectar sus emociones en imágenes. Optaron por lo «imposible» para comprobar que nada lo es cuando la apuesta se asume con los más poderosos de los instrumentos humanos: la voluntad y la imaginación.

Alejandra nunca ha visto el azul, el amarillo o el rojo, pero dice que conoce los colores gracias a las flores. «Me gusta que vean las fotos que tomo de las flores, me doy cuenta de que una rosa roja produce, en quien la mira, una sensación distinta a la que da una rosa de otro color. Las flores se ven más alegres cuando producen alegría y yo quiero que la gente sienta esa alegría cuando ve mis flores retratadas. Por eso trabajo la fotografía a color cuando se trata de flores. También me encantan los girasoles, me producen sensaciones que me gustan».

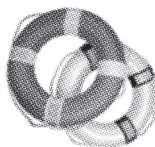
En su obra fotográfica, otro elemento importante es el árbol: «Tengo fotos de un árbol de la Alameda. Me gusta el árbol porque me habla de la importancia de plantarme en algo para poder crecer. Y me habla de raíces y de pertenencia. Si soy rama en tronco de un árbol, seguiré creciendo. También me gusta porque Jesucristo se compara con un árbol cuando dice: “Si permanecen en mí, ustedes serán ramas y tendrán vida.”»

Ríe hasta cuando habla en serio: «Me dicen que soy muy fantasiosa, que sea más realista, que no confíe tanto en la gente, que el mundo está lleno de trampas y mentiras, que me ubique. Pero nada de eso va conmigo. A mí nadie me cae mal, me gusta soñar, vivir en fantasía,

proyectar eso en la fotografía y sentirme iluminada por mis triunfos».

Alejandra y sus compañeros eligieron como modo de vida algo que parece «imposible». Y, en su ceguera, de camino en ascenso hacia su propia montaña imaginaria, la fotógrafa nos enseña a apreciar de otra manera el color de las flores, el sentido de los árboles, el valor del oído y del tacto.

Dicen que cuando a una persona le da cáncer, también le da a toda la familia. Falta agregar lo mucho que aprendemos quienes estamos alrededor. El ascenso a la montaña no está exento de sufrimiento, momentos de cansancio, situaciones inéditas en las que todos nos sentimos vulnerables, impotentes, escasos de palabras y de aliento. Pero no es la enfermedad la que nos define. Es la pulsión vital, el acompañamiento amoroso, lo que nos anima a no desfallecer en el camino para poder tocar cumbre y ver al mundo y a la vida como nunca lo habíamos hecho antes.



I X

## Nuestras manos son salvavidas: toquémonos

*Ligia Urroz*

---

ERA MIÉRCOLES A LAS 11 DE LA MAÑANA. A LAS 5 DE LA tarde debía salir rumbo al aeropuerto; haría un viaje relámpago para recoger a mi hijo que se encontraba estudiando tercero de secundaria en Manchester, Inglaterra.

Era el mes en el que usualmente realizaba mi examen anual de salud, pero esta vez, había estado sintiendo una bolita dolorosa que crecía en mi seno izquierdo y requería realizarme una mastografía y un ultrasonido de mama. Estoy acostumbrada a los dolores en mis pechos porque padezco de mastopatía fibroquística y cada mes que me llega el periodo tengo que lidiar con dichos dolores. Pensé que uno de los quistes —que van

y vienen— estaba creciendo de más y que por ello el dolor era *distinto*, pero me tranquilicé esperando que en el siguiente periodo la molestia disminuyera. No lo hizo.

En el chequeo todo marchaba bien a excepción de una cosa: al salir de la mastografía me dijeron que me esperara unos minutos afuera, que la doctora revisaría mis placas para ver si necesitaba alguna adicional: y sí las necesite, varias. Me volvieron a pasar al aparato de rayos x y me tomaron otra serie de rayos x acomodando mi seno con unos conos más pequeños, eran unos que jamás había visto. Salí del examen y me dijeron que en una semana tendría mis resultados. Desde los 35 años me he hecho chequeos de salud anuales, —por mi trabajo eran reglamentarios—, y nunca me habían tenido tanto tiempo entretenida en la mastografía: algo raro y fuera de lo normal estaba ocurriendo. Por primera vez temí acerca de mi salud. Pasé una semana muy inquieta, pero al tener mucho trabajo y organizar mis pendientes para poder ir a recoger a mi hijo a Inglaterra estuve bastante distraída.

Ese miércoles del viaje, me recibió el doctor general, hizo una lectura de mis exámenes y me dijo que estaba bastante bien de salud salvo por un hallazgo: la mastografía diagnosticaba BIRADS 4 B. ¿Qué quería decir eso? El doctor me explicó que tenía una probabilidad muy alta de tener cáncer *in situ* en la mama izquierda y que debía acudir con urgencia al oncólogo. Recuerdo que me sentía como «abajo del agua» cuando la enfermera de la recepción me dio dos nombres de oncólogos que tenían sus consultorios en el mismo hospital en el que



me había realizado el *check-up*. Caminé hasta mi auto y cuando entré le llamé a mi esposo y le dije: me acaba de decir el médico que en mis estudios sale que tengo cáncer de mama *in situ*. No podía explicarle bien porque me anegaban las lágrimas. Me contestó con preocupación que cancelara el viaje a Inglaterra y que nuestro hijo se regresara solo, sin embargo, le dije que haría las dos cosas: iría a ver en ese momento al oncólogo y que recogería a mi hijo en su escuela, se lo había prometido. Al llegar a casa, hicimos varias llamadas telefónicas para que nos recomendaran un buen doctor y que me recibiera en ese momento. Para las 3 de la tarde ya estaba de vuelta en el hospital, me acompañó mi madre. Sentía que era una pesadilla estar en la sala de espera de un oncólogo, nunca se me había pasado por la cabeza pensar que podría vivirlo y allí estaba yo, transitando por ese miedo a la enfermedad y a lo desconocido, viviendo en carne propia el terror de la palabra *cáncer*.

El doctor me revisó, vio mis placas y diagnosticó un posible cáncer *in situ*, dijo que necesitaba intervenirme al día siguiente. Habló de los tipos de cáncer, de las diferentes operaciones y hasta de la posibilidad de remover por completo el seno de acuerdo con lo que observara en la operación. Me explicó que cuando quitan el seno por completo, posteriormente tienen que hacer una operación de reconstrucción con una prótesis, el doctor fue directo y me mostró las posibilidades. Le dije; está bien doctor, opéreme, pero primero tengo que ir a recoger a mi hijo a su escuela, se lo prometí. Hoy es miércoles, le aseguro que el lunes me tiene a primera hora lista para

la cirugía, mi avión sale en unas horas. Nadie me hizo cambiar de parecer, llegué a mi casa tomé mi maleta y me fui al aeropuerto. Recuerdo la sonrisa de la aeromozza al decirme «muy buenas tardes, ¿qué tal ha estado su día? Espero que tenga un vuelo placentero». Le sonreí y le dije que todo marchaba bien, pero en mis adentros le contestaba que estaba pasando por uno de los peores momentos que alguien puede pasar: me acaban de diagnosticar cáncer de mama. Llegué al pueblo de la escuela, sola con mis miedos y pensamientos, los acompañé con una copa de vino tinto y fui a tratar de dormir. El viernes por la mañana me levanté con ganas de salir a correr, tenía energía y me dije: si tengo energía y me siento bien, podré con esto, haré todo de mi parte por recuperar la salud, tengo que ser fuerte para no asustar a José Pablo. Llamé a mi esposo y le dije que había amanecido muy bien, fuerte, que había ido a correr y que pondría toda la intención para estar sana y seguir procurando y amando a mi familia. ¡Cómo es la mente en ese tipo de situaciones! Recuerdo lo que desayuné y las lecturas que hice esa mañana con una claridad contundente.

A pesar de sentirme animada y tener la certeza de que lucharía contra todo, hablé con un amigo entrañable —sobreviviente de cáncer de cerebro—, me echó porras y me dijo que todo saldría muy bien, que estaríamos juntos en la lucha. Mientras charlábamos no podía contener mi cascada de lágrimas. Me hizo mucho bien su solidaridad y apoyo, es importante en esos momentos sentirte acompañada y saber que alguien más ya anduvo ese camino, da paz.

El lunes a primera hora ya estaba siendo ingresada para la operación. Antes de llegar al hospital, escribí algo que compartí en mis redes, así, sin la explicación de que sería operada.

*Soy una planta de luz  
Mis raíces bajan al centro de la tierra  
Beben el magma y lo transforman en deseo  
Mis ramas se extienden fuertes y abrazan  
De mis ojos salen haces de luz  
Y así, sintiéndome fuerte, penetro la oscuridad.*

Me visualicé como un ser de luz y me anclé a la tierra y al deseo de salir adelante. Si hay algo que me molestó físicamente en la primera parte del procedimiento fue el «anclaje», que es cuando te insertan un arpón en la lesión para que al momento de la operación la puedan encontrar y delimitar fácilmente. El procedimiento se realiza sin anestesia y en la máquina de la mastografía, así que el dolor se multiplica; al mismo tiempo que te están presionando el seno, insertan el arpón justo en el tumor. Al salir de ahí me volví a repetir que, si había podido con ese tormento y molestia, podría con cualquier cosa. Llegaron el anestesista y el doctor, platicaron conmigo, me transmitieron calma y seguridad. Mi oncólogo me dijo que dejaría unas grapas dentro del seno para hacer las futuras radiaciones y que fueran muy precisas. Salí de la operación y lo primero que hice fue preguntarle a mi doctor cómo había visto el tumor, él me respondió que coincidía su diagnóstico con los de la radióloga y demás

médicos: que tenía toda la característica de cáncer *in situ* y que me había dejado las grapas para las radiaciones, —yo pensaba que si despertaba y no me había dejado las grapas sería buena señal— y, al no serlo, me dejó un poco inquieta, pero seguí con una enorme actitud. Me mandaron a mi casa con medicamentos para el dolor y que quedase en espera de los resultados de patología, que en cuanto estuvieran, me darían la medicina indicada y luego las radiaciones.

Salí muy adolorida del hospital, pero a la vez muy serena, sabía que tenía dos caminos: luchar y serenarme o deprimirme y no curarme. Elegí luchar y tranquilizar a los míos. Saliendo de la operación compartí esto:

*Soy una planta de luz  
Cada una de mis células baila rítmicamente  
Mis nutridas raíces abrazan la vida  
Mis hojas voltean al sol y sonríen  
Me alimento de amor  
Y así, más fuerte que nunca  
Agradezco profundamente.*

Agradecí el momento en el que salí en aquella silla de ruedas y vi a toda mi familia en la puerta del hospital. Habían estado todo el día esperando noticias de mi operación, se acompañaban y hacían tribu. Ahí estaba mi hogar, en los brazos de aquellas personas que se preocupaban y esperaban que recuperara la salud. El primer día en casa mi mamá me ayudó a bañarme y a ponerme la faja que había indicado el doctor, ya que no podía

mover ni siquiera el brazo por las molestias post operatorias. Recuerdo esa semana de recuperación como un lugar repleto de luz y amor. Miraba a mis padres y a mi hermana y sabía que ellos se dolían y no me lo querían decir, yo los serenaba diciéndoles que no se preocuparan, que estaría bien. Mis hijos y mi esposo también estaban muy consternados, andaban la mar de atentos y con sus caritas asustadas. Saqué fuerza y valentía para consolarlos y asegurarles que todo estaría bien. Pasé diez días sintiéndome cada vez más fuerte y recuperada, lista para lo que siguiera, de hecho, a los siete días de la operación ya había regresado al gimnasio a caminar lentamente en la corredora, no me iba a ir para abajo, tenía frente a mí un enemigo que tenía que vencer siendo fuerte y positiva, que me encontrara lo más saludable posible.

Al llegar al día nueve de haber sido operada, esperaba con ansia la llamada del médico para que me explicara los resultados de la biopsia. Él me había dicho que tendría que tomar un medicamento por varios años, era un tipo de quimioterapia, pero por el tipo de mi lesión se iba a basar en las radiaciones. Cada vez que sonaba mi teléfono el corazón me daba un vuelco. El décimo día después de la operación me encontraba en una clase, con un grupo de escritores que hasta la fecha nos seguimos reuniendo mensualmente para charlar de libros y textos. Ellos sabían la situación por la que estaba pasando y que esperaba la llamada del doctor en cualquier momento. Y ocurrió. Desde que la enfermera me dijo que me comunicaría con el médico y hasta que él respondió han sido los segundos más largos de mi vida. El doctor simplemente

me dijo: Ligia, ya salió el análisis del tumor, la biopsia dio negativa a cáncer. No sabemos qué pudo haber pasado porque todo indicaba un cáncer in situ, pero quédate tranquila y celebra la buena noticia. Fue crucial el seguimiento médico y realizar mi mastografía y ultrasonido de mamas, —primero cada seis meses—, y luego cada año. Sostengo que un diagnóstico a tiempo es crucial y me he vuelto una promotora de tocarnos y no dejar para mañana ninguna molestia o cambio inesperado que notemos en el pecho. Haber pasado por esta experiencia y salir adelante me da la responsabilidad de ser apoyo y voz para otras mujeres: estamos juntas en esto y no nos vamos a soltar. Debemos hablarlo con las más jóvenes también, tristemente cada día hay más casos entre ese sector de la población, no debemos bajar la guardia.

La experiencia me cambió la vida y aprendí muchas cosas: la maternidad fue mi mayor impulso para salir adelante. Le había dado la palabra a mi hijo que viajaría a recogerlo de México a Londres y así lo hice. Iba sola con mis miedos y me congracié con ellos, les di la cara y supe que los vencería. Al abrazar a mi hijo le demostré fortaleza y el amor incondicional de una madre. En México me había despedido de mis otros dos hijos, les dije que volvería muy pronto y que tendría a los tres juntos para llenarme de amor y energía.

Una actitud positiva es pieza fundamental en el engranaje. Se vale tener miedo y llorar, pero después del desahogo mentalizarte que sí se puede, te avanza kilómetros por la autopista de la sanación.

Es imprescindible estar fuerte, hacer ejercicio, alimentarte bien, no sólo por la boca, sino a través de los ojos y del alma. Dejar a un lado actitudes y compañías tóxicas, la autocompasión es una calle sin salida, en la cual, la única manera de avanzar es dar la vuelta en U y buscar otra alternativa. La intensidad de vivir es abrazar nuestras pasiones y no soltar nuestros sueños, por lejanos que parezcan. Ser tercos con lo que amamos. Nunca es tarde para nada.

Supe que a partir de la experiencia viviría más que nunca esa oda de Horacio donde habla de *Carpe Diem*, de hecho, lo llevo tatuado en la piel. Para mí, abrazar el día, no significa vivir alocadamente porque mañana no sabemos qué pueda pasar, al contrario, significa estar atenta a la vida: a lo bueno y a lo no tan bueno, a sentir el dolor y los momentos terribles para poder agradecer y aquilatar cada segundo en el que respiro. Significa agradecer a la vida misma, despertar día con día y saberme viva. Saber que soy libre. Mujer y que decido. Gozar del aire de la mañana, de los colores del amanecer, de esos primeros pensamientos que imperan cuando despierto. Agradecí la enfermedad y la sigo agradeciendo porque me hace valorar la salud, —esa tan frágil que no nos damos cuenta de que pende de un hilo fino hasta que nos encontramos en una situación inesperada y vemos que puede romperse. Agradezco la fortuna de estar rodeada de seres profundamente amados y que también me aman (y que sonrían porque saben quiénes son). Mis amigos incondicionales son hermanos de vida, que alimentan el

alma y el espíritu, aquellos que te hacen sentir una mejor persona y que vale la pena habitar este mundo.

Aprecié más que nunca a mi familia, quien es amor incondicional, apoyo, esencia de la vida. Hoy más que nunca doy gracias por el abrazo apretado, la plática entre almas y miradas, las complicidades, las risas, las carcajadas, aunque también agradezco a aquellos que dejaron de estar junto a mí porque me quedé con los momentos más valiosos, porque aprendí que nada es para siempre. Agradezco las cosas pequeñas y sencillas que son inmensas y que también con la pandemia aprendimos a estimar al doble: la música, la emoción de tocar mi guitarra y cantar con mis amigos, los libros, la literatura, el arte, el cine, el vino, el mar, las hojas de otoño, el aire que acaricia los pensamientos, el olor a incienso, el café, el chocolate, en fin, hay tantísimo por lo que dar gracias.





x

## El árbol de la vida

*Paulina Vieitez*

---

ESCRIBIR SOBRE HABER VIVIDO UNA ENFERMEDAD COMO el cáncer no me es fácil, porque me provoca sentimientos encontrados. Se traduce en una sensación que se aloja en el fondo de mi alma y que se manifiesta a flor de piel, que viaja desde mi tristeza inicial, transita por mis miedos y culmina invariablemente en la enorme gratitud que siento por estar viva, por haber sobrevivido a uno de los más duros trances que he experimentado.

Mi relación con la experiencia de cáncer es ambivalente. Pero eso nunca me ha preocupado, lo asumo, porque la sola existencia es eternamente dual. Así que ¿por qué habría de extrañarnos, por qué queremos o fantaseamos en vivir en la eterna alegría y paz queriendo

desconocer el lado opuesto si es inevitablemente parte de la existencia? Quizá porque culturalmente nos hemos acostumbrado a un mundo «maquillado» en el que no se aceptan la debilidad, ni los equívocos, o los defectos físicos ni mucho menos la enfermedad. Enfermarte es como fallar, es como pensar: «fracasaste en el intento de ser un súper dotado, un ser humano infalible».

Sabemos que no es en absoluto así. Si hay sol, hay sombra y si hay noche hay día. Por tanto, si hay salud, hay también procesos de enfermedad o deterioro, hay un paso inamovible de niñez a vejez, de gloria y descenso. La gran noticia es que estas polaridades encuentran su equilibrio y en ese finísimo balance está el fuego de la vida, la pureza de la respiración que nos permite existir y la certeza de que estaremos llenos de altibajos, que habremos de sortear y transitar.

En mis innumerables encuentros con pacientes y en las conversaciones que he sostenido con ellos, en grupo o en un diálogo, me he ocupado de transmitir este mensaje: «Tú no eres la enfermedad, la enfermedad, cualquiera que esta sea, es un paso, un tránsito temporal, una condición que, aunque pudiera en ciertos casos volverse crónica, tiene un tiempo y una forma más allá de uno mismo». Esto me parece un concepto poderoso y sanador, ya que coloca al proceso de enfermedad más allá de lo que nos define como personas, aunque sea el cuerpo el que lo sufra. Somos nuestra alma, nuestras emociones y procesos mentales, somos también las herramientas de las que podemos valernos y que determinarán

cómo podremos encarar y procesar nuestros momentos frágiles.

El cuerpo, ciertamente finito, es esa máquina perfecta que sufre averías y al que debemos poner atención, cuidar y honrar a pesar de comprender que estamos y somos más allá de sus procesos. ¿En dónde se sucede entonces toda la tormenta que se gesta cuando nos dan un diagnóstico, cuando nos dicen «estás enfermo» como una declaratoria implacable? En nuestros procesos mentales y emocionales. De cada uno depende la carga que le imprimirá a la sentencia y de cada cual será el trabajo y la responsabilidad para hacerle frente.

¿Cómo pude salir adelante? Ahora sí, por fin te lo cuento, no sin antes señalarte que el símbolo de todo mi proceso fue: «El árbol de la vida».

Hace once años vivía con mi familia en una casa con un pequeño jardín y en ese pequeño jardín había echado raíces un inmenso árbol de hule. Con sus ramas grandes, hojas brillantes, abundantes, adornaba majestuoso y daba sombra al espacio. Debajo de éste jugaban mis hijos de entonces 9 y 3 años. Tan sólo abriendo la ventana de mi cuarto me topaba con su esplendor. El día en el que fui diagnosticada recuerdo haber retornado del hospital, desecha, y haberme abrazado al árbol, anhelando tener su fuerza, su tronco rotundo, sus raíces tan bien plantadas y su vibrante vida. Pedí a Dios que mi cuerpo resistiera y le supliqué me concediera muchos años de vida.

En algún momento, cuando ya había empezado con las quimioterapias, me topé con el jardinero que hacía el

favor de mantener y cuidar el jardín. Le pedí que podara el árbol para que pudiera entrar un poco más de luz. Para mí «podar» significaba »limpiarlo un poco, cortar algunas hojas» pero cuando regresé a mi árbol lo encontré completamente «pelón», como yo lo estaba. Recuerdo perfectamente el gran golpe que sufrí al verlo así, lloré sin parar, entendiendo luego que estaba en realidad desahogando mi angustia, mi desazón y mi rabia por estar enferma, por encontrarme en el pantanoso terreno del no saber qué seguiría, ante la duda de si sobreviviría.

Más serena pude encontrar el lazo y la metáfora: la vida nos estaba dando una poda radical a mi árbol y a mí. Y en ese perderlo todo: en mi caso el pelo, las cejas, las pestañas y en el del hule sus hojas, estábamos ambos posibilitados para ver nacer algo nuevo y apostar a que lo lograríamos materializar. Mi novedad no fue entonces «ser la enferma» sino ser Paulina, una mujer pasando por un cáncer, con muchas posibilidades de curarse. Y así, poco a poco, reuniendo valor y coraje hice un plan. Me propuse que, de sanar, me convertiría en «una voz», en una mujer comprometida con la sensibilización hacia esta maldita enfermedad que a su paso, irónicamente, entrega y deja tantos regalos.

Uno de los muchos que recibí fue trazar los pasos, junto a Verónica Mateos, también sobreviviente, de lo que sería nuestra fundación: Quiérete. Y la hicimos realidad. Surgió posterior a la curación de ambas y su propósito es fundamentalmente ayudar a las mujeres que tenemos cerca, gracias al INCAN y al CAAI (Instituto Nacional de Cancerología y Centro de apoyo y atención

integral respectivamente) quienes nos facilitan el encuentro con ellas, para organizar «Salas de belleza» en las que trabajamos para que comprendan que pueden mantener su dignidad y en alto su autoestima, aún a pesar de estar pasando por sus tratamientos, para vencer la enfermedad. Son años ya de habernos llenado de satisfacciones por haber concretado nuestro sueño de ayuda.

Quiero volver al árbol, a mi árbol de la vida. Resulta que una querida amiga me invitó, más o menos cuando la fundación tenía unos tres años, a conversar con un afamado diseñador de joyas quien buscaba hacer una pulsera que se vendiera en sus joyerías y cuyas ventas se fueran directamente a apoyar a mujeres con cáncer. Al encontrarme con él y constatar su sensibilidad y compromiso, pude contarle de mi símbolo y explorar con él los muchos significados que para mí tenía ese abrazo a su tronco, ese soplo de vida renacida siendo de nuevo, como yo, un habitante gozoso y sano en este mundo, llenos ambos de nuevo pelo, y de nuevas ramas aquel. Y constatando con nuestra existencia que la vida siempre encuentra la manera, consigue sus caminos y se manifiesta, dándonos la absoluta certeza de que mientras haya oxígeno habrá vida y mientras haya vida habrá maneras de salirnos con la nuestra, de sobrevivir, y de recorrer una nueva ruta posterior al dolor y a la enfermedad.

De ese magnífico árbol, en particular, me encuentro hoy lejos, pero llevo conmigo la pulsera que me lo recuerda y el medallón de árbol dorado que le cuelga no se separa de mí. Árboles de vida somos todos, no sólo porque pertenecemos como ellos a esta fantástica

e inexplicable creación, sino porque, así como la savia circula por sus venas, la sangre circula por las nuestras y así como son memoria de quienes los han mirado y acariciado somos piel y memoria de quienes nos han mirado y de aquellos a quienes hemos amado, amando en fin la vida.

No hay una misma historia de cáncer, cada genética es distinta como lo es cada persona, pero sí hay vasos comunicantes, sentimientos comunes y entendimiento de los difíciles procesos que se cursan. Ser una «voz», ser «la voz de una, que representa a la voz de muchas» es una oportunidad para definir, en conjunto, una narrativa distinta, empática, consciente, esperanzadora y asertiva para acompañar a quienes enfermen y para, sobretodo, evitar en la medida de lo posible el caer en la enfermedad a partir de la prevención.

No podría ni quiero detenerme en el «si yo hubiera» porque no fue mi caso, pero sí quiero aprovechar esta tribuna, mi colaboración, para profundizar en lo importante que es hablar. Y por ello vuelvo a Quiérete. Los encuentros en nuestras salas de belleza nos facilitan abrir la conversación, hablar de los tabús, de los sentimientos de culpa al creer que pudimos habernos provocado la enfermedad, nos permiten acabar con argumentos muy dañinos y desgraciadamente generalizados como los que proponen que uno se provocó el cáncer debido a sentimientos o emociones no resueltos, a problemas o a malas emociones. Hablar como también escribir, son procesos tan reparadores, que liberan tanto, que se convierten en

herramientas tan poderosas como los fármacos, el deporte y la buena alimentación.

Te invito a aportar buenas noticias a tu entorno, a convertirte en fuente de buenos augurios, a asumirte «Árbol de vida», de tronco arraigado y con abundantes ramas y hojas que miren al cielo, que se dejen bañar por el sol y que alojen luz y oxígeno. Vendrán las tormentas, inundaciones o sequías que pondrán en entredicho tu entereza, esas ambivalencias que mencioné antes, entre el dolor y la esperanza, entre el miedo y la certeza, en medio de las grandes paradojas blanco y negro que presenta el destino, es la madera de la que vienes y son las cualidades y valores que te sostienen los que te permitirán, sin ninguna duda, hacerle frente a todo.

No dudes ni un instante de que puedes, no comprometas tu sabiduría, la de dentro, por manifiestos o tendencias de fuera, jamás por productos milagro o remedios aparentemente maravilla. Mejor enfócate a cuidar tu cuerpo físico y a nutrir tu cuerpo espiritual; a comprender, un paso a la vez, que no eres tu dolor, tu necesidad o tu enfermedad, eres la persona, eres el ser humano que con todo lo que lo conforma sabrás plantarte firme y de cara al norte, de cara a tus sueños, con la fe inquebrantable de quien sabe que la vida está aquí y ahora, manifestándose espléndidamente a nuestro alrededor, ofreciéndonos ser mirada, contemplada y sobre todo vivida.







LA VOZ DE UNA  
CUENTA LA HISTORIA DE MUCHAS

*Antología de historias presentada por*

**Zwan Rosa**

Se terminó de editar en septiembre de 2021 (año de las vacunas contra el COVID-19) en la Ciudad de México. Se hizo una edición no venal en formatos digitales PDF, y EBOOK v. 2.01 y v. 3.0 para su descarga gratuita, así como un tiraje corto de 100 ejemplares. Para su diseño se usaron fuentes de la familia Adobe Garamond Pro a 12-20 puntos. El cuidado de la edición y la corrección fue por cuenta de Liebre. Imagen de portada: © Liebre.

*[www.zwanrosa.com](http://www.zwanrosa.com)*

Disponible en: PDF - EBOOK 2.01 - EBOOK 3.0





• **MÓNICA CASTELLANOS** •

*Aprendí que todo pasa*

• **ETHEL KRAUZE** •

*Aquellas otras rendijas*

• **MÓNICA SALMÓN** •

*El cáncer siempre pierde*

• **MÓNICA LAVÍN** •

*Nude y perla*

• **AMAYA BLAS** •

*La vida es un carnaval*

• **EDMÉE PARDO** •

*De cangrejos, cáncer  
y cangrejeras*

• **JENNY ASSE** •

*La experiencia del amor*

• **ADRIANA MALVIDO** •

*Siempre hay una montaña*

• **LIGIA URROZ** •

*Nuestras manos son salvavidas:  
toquémonos*

• **PAULINA VIEITEZ** •

*El árbol de la vida*

